

FRANCISCO RODRIGUEZ BATLLORI

HISTORIA Y NOVELA EN LOS EPISODIOS NACIONALES



Prólogo por GREGORIO MARAÑÓN MOYA



Nace Francisco Rodríguez Batllori en Canarias: Gáldar, ciudad histórica. Corte aborigen. Cursa el bachillerato en Las Palmas. Leyes en La Laguna y Madrid. Habla. Escribe. Trata diversos temas, con dimensión profunda en artículos, ensayos, libros, poesía y conferencias. Colabora asiduamente en la prensa nacional; su prosa es descriptiva, su estilo limpio, diáfano, lleno de sorpresas.

"Llano y sincero, tal y como él dice de Galdós, podemos decir de Batllori —afirma Manuel Halcón—. La labor de un poeta que pide a sus musas una tregua para vengarse de la inspiración de los demás, es impagable. Batllori sabe muy bien que lo difícil es engarzar el elogio merecido a la idea, a la manera, al logro feliz. Rodríguez Batllori ha ejercido la facultad de elegir, grata operación del espíritu... Que aunque la verdad sólo sea una, cada cual la reelabora en arte, a su manera."

De nuevo acude Batllori a la cita con el lector. En el libro que ahora saca a la luz el autor se abre paso entre la jungla literaria y documental que abarrota bibliotecas y archivos sobre tema galdosiano y sigue un camino llano y lúcido. El mejor homenaje que ha recibido Batllori res-

FRANCISCO RODRIGUEZ BATLLORI

HISTORIA Y NOVELA
EN LOS EPISODIOS
NACIONALES

Prólogo por GREGORIO MARAÑÓN MOYA

MADRID
1983

I.S.B.N.: 84-398-0412-1
Depósito Legal: M. 37.832 - 1983

Imp. TARAVILLA - Mesón de Paños, 6 - Madrid-13

PROLOGO

Se habla mucho de los médicos que escriben; incluso existe una Asociación de Médicos Escritores. Este siglo XX, ya en su tercera edad, está cuajado de médicos que han sido escritores o historiadores ilustres: Cajal, Pío Baroja, Marañón, Novoa Santos, Blanco Soler... y actualmente Lain Entralgo, López-Ibor, Rof Carballo, Vallejo Nájera, Martínez-Fornés...

Asimismo, muchos abogados dedican el ocio que les permite su trabajo profesional al mejor de los descansos, a escribir: García-Valdecasas, Hernández Gil, Antonio Garrigues y Díaz Cañabate, Vallet de Goytisolo, Jesús Fueyo, Fanjul, Vizcaino Casas...

Y, naturalmente, Francisco Rodríguez Batllori, amigo y compañero que me honra al pedirme esta introducción. Escritor desde su primera juventud, que en centenares de artículos en la gran prensa y en varios libros nos ha dado su estilo claro, concreto, intencionado, alegre y apasionante: "Galdós en su tiempo", "El escritor y su paisaje", "Andar y ver"; y poesías bellísimas como las de "Efímera voz", "Láminas de luz", "Evocación", etc.

La obra galdosiana, en su conjunto, es algo abrumador. Es obra de tal envergadura que queda su apreciación fuera de todo límite normal. En el mundo concebido por don Benito viven ocho mil personajes. Escribía, diariamente, catorce grandes folios y los escribía con puntualidad no de artista sino de notario. Catorce folios son más de cinco mil anuales. Pero ni siquiera esta cifra concreta y sin precedentes es capaz de explicarnos la obra titánica que dejó su genio creador.

Tuvo siempre, desde muy joven ("La expulsión de los moriscos" la escribió a los veintiún años), una gran ilusión por el teatro aunque se le ha infravalorado en este aspecto. En cuanto a sus novelas, son muchas y casi todas extraordinarias: desde "La Fontana de Oro", escrita a los veinticuatro años, hasta "Fortuna y Jacinta", "Angel Guerra" y "Marianela", cuyo original regaló a mi abuelo, Manuel Marañón y Gómez-Acebo, y que hoy es un tesoro en mi biblioteca. Está escrita en letra muy fina, de difícil lectura, con pocas correcciones. Las últimas palabras dicen: "Fin de Marianela. Madrid, enero de 1878". Y una gran cruz. Porque don Benito, tachado de anticlerical, escribe una y otra vez, en todas sus obras, como "slogan" de su propia alma, palabras de respeto y de fe. Por ejemplo, éstas que leo en su Episodio "El equipaje del Rey José": "Porque Dios, mi Dios, grave y majestuoso, es admirablemente sobrenatural. Es divino." De Galdós dijo Menéndez Pelayo: "Pocos novelistas de Europa le igualan en lo trascendental de la concepción y ninguno le supera en riqueza inventiva."

Los "Episodios" —de ellos nos hablará ahora Rodríguez Batllori—, que empiezan en "Trafalgar" y terminan en "Cánovas" son un edificio histórico-literario único en la cultura occidental. Cuando comenzó a escribirlos su preocupación era encontrar un título general a las cinco series. Consultó a sus amigos. Fue José Luis Alvareda quien le sugirió: "Ilámeles Episodios Nacionales". Galdós le escribió: "Gracias. Acepto el título. Novelaré toda la centuria tan miserable y tan magnífica para nuestra Patria." En el Episodio "Zaragoza" escribe estas líneas sublimes que siguen siendo actuales: "Los españoles darán mil caídas, hoy como siempre, tropezando y levantándose. Grandes subidas y bajadas. Grandes asombros y sorpresas. Muertes apasionantes y resurrecciones prodigiosas. ¿Qué nos reserva la Providencia? Porque nuestro destino es poder vivir en la agitación, como la salamandra en el fuego. Pero nuestra permanencia nacional está y estará siempre asegurada."

Recuerdo el monumento a Galdós, sobre las rocas de Las Palmas. Don Benito da la espalda al mar. Las olas le salpican y le condecoran de blanca espuma como homenaje perenne de la Naturaleza al genio humano. Y el Teide, a lo lejos, mira como un viejo mastín de los que siempre le rodeaban a él. Con malhumor. Pero vigilantes. Protectores.

* * *

He recorrido con entusiasmo "HISTORIA Y NOVELA EN LOS EPISODIOS NACIONALES". Quien lea a Galdós —hoy de nuevo en máxima actualidad: reediciones, tesis universitarias,

cine y televisión— encontrará en esta obra de Batllori un ensayo agudo y delicioso.

Ensayo indispensable para los aficionados a la novela y para el historiador. Como nos dice el autor en las conclusiones de su libro: "En esta obra de Galdós, ¿dónde empieza la novela? ¿Dónde acaba la historia? Para conseguir el justo equilibrio hace falta un soplo de luz: la llama del genio. El genio de Galdós ha sido capaz de darnos esta conjunción que es la novela histórica, convirtiéndose, a su vez, en novelista épico y escritor de raza."

¿Novela? ¿Historia? Atiende, lector, a la lección de Batllori y luego juzga sin pasión y con amor.

GREGORIO MARAÑÓN MOYA
Embajador de España

«No me tengo por maestro de nadie sino más bien por discípulo... No me pidan sistemas ni en el orden sociológico ni tampoco en el artístico... Si alguna cualidad posee el que esto escribe ... es la de vivir con el oído atento al murmullo social, distrayéndose poco de este trabajo de vigía o de escucha: trabajo que subyuga el espíritu, se convierte en pasión y acaba por ser oficio.»

B. P. G.

I

NOVELA HISTORICA

EN la literatura universal existe un género profusamente estudiado: la novela histórica. En el siglo XIX muchos eruditos se sintieron atraídos por el tema, pero no todos los que se aplicaron a este trabajo obtuvieron el éxito pretendido. La dificultad consistía en descubrir inequívocamente la conjunción natural y espontánea de dos elementos claramente diferenciados, sin caer en el error de confundir una historia recargada de anécdotas o una novela que utiliza la Historia como recurso, con la plenitud y el rigor fecundo exigidos por la revelación puntual y verídica de los acontecimientos memorables de una época.

¿Es posible escribir novela histórica? ¿Puede este género producir obras brillantes? Negarlo sería un desacierto. Pero este singular ejercicio requiere abandonar la fría anotación de hechos y fechas para escudriñar hasta la raíz de las cosas reales. Hacerse una carne con la historia

misma, observarla en su hervor tumultuoso y explorarla en sus más hondos repliegues y entresijos, con el fin de extraer de la suma de materiales humanos y sucesos extraordinarios —constanciales e indivisibles— el logro estético de la amenidad y el interés.

Walter Scott, tras abandonar su labor poética, desengañado por los éxitos de Byron, proporcionó a Europa, a partir «**Wawerley**», el arquetipo de novela histórica. Sus relatos alusivos al siglo XVIII escocés: «**Rob Roy**»; a la historia de Inglaterra: «**Ivanhoe**», o sobre la Francia de Luis XVI: «**Quintin Durwar**», se ofrecen como ejemplos de realismo histórico, pese a ciertas inexactitudes y anacronismos en su visión del pasado. Evoca con brillantez las épocas en que sitúa el relato, los ambientes y personajes. El entusiasmo de Walter Scott por la tradición histórica contagió a otros escritores y dio origen a una larga serie de imitadores que sólo en contados casos lograron alcanzar méritos relevantes.

¿Dónde empieza la novela? ¿Dónde acaba la historia? Para conseguir el justo equilibrio hace falta un soplo de luz: la llama del genio. Sólo el genio ha sido capaz de darnos esta conjunción de la novela histórica.

Y don Benito Pérez Galdós ¿fue realmente un genio? ¿Logró en plenitud esa difícil conjunción, ese singular y complicado género literario? El estudio histórico y novelesco de los «**Episodios Nacionales**» puede arrojar un foco de claridad sobre esta faceta de la obra de un escritor que, al dejarse absorber por la realidad histórica, se convirtió en novelista épico y escritor de raza.

II

LA PRIMERA SERIE

AL analizar el problema de la novela histórica en los «Episodios Nacionales» nos limitaremos al estudio de la primera serie, es decir, los diez tomos que comprenden la gesta de la Independencia, escritos en el período comprendido entre los años 1873 y 1875.

El protagonista principal de esta serie es un muchacho andaluz, gaditano, de origen humilde, llamado Gabriel Araceli, cuya niñez transcurre en la Caleta mezclando sus travesuras con las de otros golfillos de su misma condición. Muertos sus padres, a los doce años entra como criado en la casa de Cisniega, en Medina Sidonia. Con su amo, viejo marino orgulloso del uniforme que viste, se encuentra Gabrielillo, sin apenas creerlo, en la batalla de Trafalgar y en unas aventuras que le tendrán siempre más o menos ligado a los avatares de la guerra. A los quince años de edad aparece en Madrid al servicio de la actriz Pepita González, bulliciosa y trapisondista cómica del

Teatro del Príncipe. Utiliza Galdós los enredos de este personaje femenino para trazar una de las más vivas y gráficas imágenes de la Corte de Carlos IV.

Se incorpora más tarde Gabriel al servicio de la condesa Amaranta, que ha de jugar un papel importante en la vida del muchacho. El ambiente que le rodea provoca en su espíritu aventurero los más ambiciosos sueños de encumbramiento y gloria. Conoce a una joven atractiva y sencilla, Inés, y ambos, desde ese momento, tejerán la trama de esta primera serie de los «Episodios».

Abandona Gabriel el servicio de la condesa y trabaja como cajista en la imprenta del «Diario de Madrid». Inés, muerta su supuesta madre, marcha a Aranjuez, donde es acogida por un tío suyo, sacerdote, párroco del Real Sitio. Araceli visita con frecuencia a su novia y esto le permite conocer la decisión de otros parientes de la muchacha —don Mauro Requejo, comerciante de telas con lonja abierta en la calle Postas, y su hermana Restituta— de recogerla y ampararla en su casa. En estos días se produce el motín de Aranjuez del 19 de marzo y la caída del Príncipe de la Paz. Véase cómo desde los inicios de esta serie la trama novelesca se vincula al drama histórico. Mientras Inés, preocupada únicamente por su problema, desconfía del repentino gesto caritativo de don Mauro, para Manuel Godoy, ídolo indefenso, llega la hora de su caída.

(Si nos atenemos a la consideración orteguiana que concibe la historia como suceso, la unidad temática de los «Episodios» viene a encarnarse en el activo de la Historia viva, en un doble pro-

ceso creador de mensaje y novela. Este planteamiento, referido a los diez libros de la primera serie, puede extenderse a toda la obra, salvo limitadas excepciones que corresponden a la voluntad reflexiva y al albedrío del escritor.)

Contrariado Gabriel por las dificultades que encuentra para entrevistarse con su novia, por el estrecho cerco y la implacable vigilancia a que sus tíos la tienen sometida, resuelve la forma de entrar como dependiente en el comercio de Requejo y ganar hábilmente su confianza:

«Las dificultades para sacar a Inés del poder de los Requejos aumentaban de día en día con la suspicaz vigilancia de Restituta; pero esto no me desanimaba, y firme en mi honrado propósito, procuré por todos los medios posibles conquistar la benevolencia de los dos hermanos, fingiendo en mí gustos e inclinaciones iguales a las suyas. Yo aspiraba a una empresa más difícil que las doce de Hércules: aspiraba a conquistar el inexpugnable castillo de su confianza, donde jamás entrara persona alguna. Para llegar a este fin, principié fingiéndome mezquino y avaro, cual si me consumiera, como ellos, la mísera pasión del ahorro en su último delirio...»

En la madrugada del 2 de mayo de 1808, los dos jóvenes logran huir de aquella casa. Unas horas después, Madrid vive su grandiosa epopeya. Prisioneros de los franceses, Inés y Gabriel son llevados ante un pelotón de ejecución. La muchacha es rescatada, en difíciles circunstancias, y Gabriel cae atravesado por los disparos. Derrocha aquí don Benito su inspiración sin fórceps, el brío de la espontaneidad:

«Sentí un estruendo horroroso; después un zumbido dentro de la cabeza y un hervidero dentro de todo el cuerpo; después un calor intenso seguido de penetrante frío...; una debilidad incomprensible que me hacía el efecto de quedarme sin piernas; después una palpitación vivísima en el corazón y un súbito detenimiento en el latido de esta víscera; después la pérdida de toda sensación en el cuerpo, y en el busto, y en el cuello, y en la boca...; oscuridad profunda, misteriosamente asociada a un agudísimo dolor en las sienes; un vago reposo, una extinción rápida, un olvido creciente, invasor, y, por último, nada, absolutamente nada.»

No termina aquí la aventura de Gabriel. Unas mujeres lo recogen, le curan las graves heridas y le retienen en su casa hasta que se restablece totalmente. Lleno de turbaciones y sobresaltos, el pensamiento de nuestro héroe pasa alternativamente de la angustia a la esperanza. En cuanto al paradero de Inés, confía en que estuviese a salvo con la protección de alguna persona. Recibe, en efecto, la confortadora noticia de que se encuentra en Cádiz, recogida por la condesa Amaranta, y hacia allí emprende viaje en compañía de Luis Santorcaz. Las tropas francesas recorren la región andaluza, al mando de los generales Dupont y Vedel, mientras los españoles se movilizan acudiendo a la llamada patriótica del general Francisco Javier Castaños. El 19 de julio sufren los ejércitos napoleónicos una sensible derrota en Bailén. Incorporado a las tropas de Castaños conoce Gabriel, estupefacto, que su novia es hija de Amaranta y de aquel Luis Santor-

caz, afrancesado, con quien hizo el viaje desde Madrid.

De regreso en la Villa, Amaranta ridiculiza las pretensiones del muchacho hacia Inés. Esta vejatoria actitud aclara sus ideas y le hace reflexionar sobre la inalcanzable magnitud de sus proyectos. Entretanto, Napoleón llega a Madrid y rinde la plaza tras una campaña relámpago. Perseguido Gabriel por Santorcaz huye y se esconde en Aranjuez. Pero incapaz de resistir su pasión amorosa, regresa a la Villa y es sorprendido en la habitación de Inés. Enviado a Francia en una redada de patriotas consigue evadirse, con otros deportados, y se refugia en Zaragoza. La ciudad ha sido víctima de un ataque y se dispone a afrontar el segundo asedio. La menuda historia de Mariquilla Candiola y Agustín Montoria nos hace olvidar por un momento los horrores y desastres de la contienda. Cae Zaragoza en poder de las tropas invasoras y Gabriel regresa de nuevo a Cádiz. Por Andresillo Marijuán conoce durante el viaje los sufrimientos, la desesperación y la miseria que sufre la ciudad de Gerona bajo la furiosa acción de los franceses.

(Ni un solo momento, como es fácil advertir, se divorcian el tema novelesco y la constante histórica. En uno de los períodos más intensamente dramáticos de la vida nacional, el torrente de pasiones, los turbios instintos y los más altos fines del espíritu se entremezclan, en forma coherente y natural, con el gran momento épico que protagoniza el siglo XIX español. En esta primera serie de los «Episodios Nacionales» están pre-

sentes el alma de novelista y la eterna vida del arte en un acierto de aguda observación y gracia descriptiva.)

Llega a Cádiz Araceli y se incorpora a la guarnición de la isla. Amaranta e Inés se encuentran también en la ciudad andaluza y Gabriel las visita con frecuencia, aparentando un desinterés por la muchacha que no corresponde a la realidad. Inés está prometida al marqués de Rumbler, pero el matrimonio no llega a realizarse. Unese Gabriel a las fuerzas guerrilleras del Epecinado y, en su ausencia, Inés es raptada por su padre, Luis de Santorcaz. De nuevo pasa Araceli al Ejército regular y Wellington le confía una delicada misión de espionaje en Salamanca. Las comprometidas y difíciles situaciones que se ve obligado a afrontar tienen su compensación en la grata noticia de que Inés se encuentra en la ciudad. La batalla de los Arapiles inicia la derrota total de los franceses. Santorcaz y Amaranta olvidan sus discordias conyugales y Gabriel, cuyos servicios han sido generosamente reconocidos, alcanza el grado de general y se retira a vivir con Inés (1).

Aunque Galdós no lo declare, es muy posible que el precedente literario de los «Episodios» se encuentre en los «Romans nationaux» de Erkmann-Chatrrian. Su intención no consistía en escribir historia novelada; expresión más exacta, a nuestro juicio, es la de novela histórica: «... sien-

(1) La peripecia personal de Araceli no era excepcional en el siglo XIX español. Soldados rasos y simples estudiantes alcanzaron el grado de teniente general y obtuvieron título nobiliario y grandeza de España.

to pasar el 1870, el 1871, y a mediados de 1872 vuelvo a la vida y me encuentro que, sin saber por qué, ni por qué no, preparaba una serie de novelas históricas, breves y amenas. Hablaba yo de esto con mi amigo Alvareda y como le indicase que no sabía qué título poner a esta serie de obritas, José Luis me dijo: «Bautice usted esas obritas con el nombre de "Episodios Nacionales"». Y cuando me preguntó en qué época pensaba iniciar la serie brotó de mis labios como una obsesión del pensamiento la palabra «Trafalgar» (2). Se trata, esto es evidente, de una obsesión por «el suceso histórico», no por la simple narración anecdótica de lo trivial e intrascendente. Con los datos que Galdós nos legó puede desentrañarse la generación ética y estética de los «Episodios» y conocer plenamente sus fundamentales elementos.

Historia y novela siguen caminos paralelos en esta serie. Un lector curioso que se ejercitase en seguir ininterrumpidamente el curso de los acontecimientos históricos, de una parte, y la trama novelesca, de otra, prescindiendo de la frecuente interacción —yuxtaposición— de lo real y lo imaginario, se sorprendería al ver cristalizar la remodelación independiente y «automática» de aquellos dos elementos: la historia del siglo XIX español y el organismo vivo de la novela; sus monólogos y sus diálogos; la prueba hirviente e inquietante de las situaciones creadas por la invención literaria.

(2) *Memorias de un desmemoriado.*

III

LOS EPISODIOS NACIONALES, HISTORIA DE ESPAÑA

SE propuso Pérez Galdós escribir Historia de España, a través de los «Episodios Nacionales»? ¿Influyó esta idea en su plan de trabajo? No sería aventurado afirmarlo si se tiene en cuenta que los personajes históricos no asumen en ningún momento un papel secundario en la obra; son protagonistas vivos, de primera magnitud, que alientan su propia peripecia, no sin mezclar en ella al personaje novelesco. Galdós escribió Historia de España arrastrado por el alto propósito de despertar en el pueblo, de contagiar a los lectores la pasión que él mismo siente. Gabriel Araceli, pese a su destacada participación en esta primera serie de los «Episodios», no es otra cosa que un ingrediente ameno, anecdótico, utilizado por el escritor para moverse cómodamente en el intrincado mundo de la España napoleónica.

«El parecido entre Jenaro, de Pereda, y Gabriel Araceli —observa Fernández Almagro— debe servirnos para percibir esa grata fatalidad que pesa sobre los protagonistas de las novelas históricas: todos han de ser precisamente jóvenes. No tanto porque así tengan tiempo bastante para arrastrar larga cadena de acciones y pasiones, cuanto para poder resistir sin cansancio las duras pruebas a que guste el autor de someterlas. Agilidad y obediencia: he aquí las dos grandes virtudes que impone en primer lugar a las criaturas de ficción el estatuto de la novela histórica» (1).

Sin embargo, para conocer y valorar el grado de fidelidad de la ingente obra hacia la historia real de España es preciso analizar con cierto detenimiento no solamente lo que podemos llamar sucesos, sino también los personajes y el ambiente.

No encontró una excesiva dificultad el autor para elegir tema y título del primer libro de esta serie: «Trafalgar». El propio Galdós descubre en sus «Memorias» una casual circunstancia que significativamente corrobora su propósito inicial de sinceridad histórica:

«En la ciudad cantábrica di comienzo a mi trabajo, y paseando una tarde con mi amigo el exquisito poeta Amós de Escalante, éste me dejó atónito con la siguiente revelación: “¿Pero usted no sabe que aquí tenemos el último superviviente del combate de Trafalgar?” ¡Oh, prodigioso hallazgo! Al siguiente día

(1) Melchor Fernández Almagro: «Revista de Occidente», número 19, enero 1925.

en la Plaza de Pombo me presentó Escalante un viejecito muy simpático, de corta estatura, con levita y chistera anticuadas; se apellidaba Galán y había sido grumete en el gigantesco navio *Santisima Trinidad*. Los pormenores de la vida marinera, en paz y en guerra, que me contó aquel buen señor, no debo repetirlos ahora. El tomo "Trafalgar" donde se relata la terrible y gloriosa tragedia naval se publicó en los primeros meses del 73 y en el mismo año di al público...»

El lector de los «Episodios Nacionales» no puede eludir la atracción y la curiosidad que suscita el hecho de sentirse frente al relato directo de un personaje que participó en la famosa batalla. Protagonista vulgar, si se quiere, pero protagonista al fin. El rigor y la verdad cristalizan en el texto galdosiano con esa dosis de credibilidad que se apodera de los sentidos al contacto de una reliquia venerable o en presencia de un documento extraído del fastuoso mausoleo mármreo de la Historia.

Análoga consideración podemos hacer si, adentrándonos en la guerra de la Independencia, nos situamos junto al pueblecito jiennense de Bailén. Aquí están los dos ejércitos. Galdós nos convierte en observadores privilegiados de la batalla. No se trata de una gloriosa cadena de victorias sobre el invasor; es la guerra dura, amarga, llena de horrores; incluso de derrotas y retiradas de las tropas españolas. La historia y sus personajes pasan a ocupar la vanguardia del relato, mientras la trama novelesca se hunde y desdibuja, quedando apenas como telón de fondo que permite al solemne espectáculo de la guerra desta-

car su apasionante grandeza. Hay, sin embargo, un momento en que historia y novela vuelven a encontrarse, a confundirse. Son páginas llenas de guiños de convivencia, como si en este punto añorase Galdós una literatura libre de urgencias testimoniales. Es el momento en que Araceli encuentra en el arzón de su caballo una carta que le descubre el origen aristocrático de Inés. Pero sólo se trata de una ráfaga, de un paréntesis que fragmenta el combate. El escritor nos introduce en los últimos momentos de la lucha, cuando la desesperación y la fatiga se apoderan de los hombres y sólo un soplo del espíritu les sostiene frente al enemigo. Galdós derrocha imaginación; no fantasía. Los hechos históricos recobran su grandeza, sin la menor concesión a la simple amenidad o a la belleza estructural del relato. No se adulteran los sucesos ni se acude al fácil recurso de estimular la imaginación mediante el desfile de imágenes radiantes... Y así hasta el final de la serie. Galdós escribe historia engarzada en novela. Su propósito no fue otro que dar al pueblo español una imagen fiel y representativa del siglo XIX.

Si del suceso histórico trasladamos nuestra atención a los intérpretes del drama, vemos cómo el autor de los «Episodios» utiliza fundamentalmente el retrato; retrato físico o semblanza psicológica cuya función consiste en destacar los rasgos predominantes del personaje y presentarlos al lector a través de una sutil cortina que presta al ambiente esa sensación de claroscuro tan característica del relato histórico. Galdós infunde vida a sus personajes presentándolos siem-

pre con una actitud, un movimiento, un escorzo tal, que parecen haberse parado un momento para posar y proseguir después su existencia. Veamos, como ejemplo, el primer retrato que nos ofrece del Emperador:

«En el centro de aquellas tropas estaba Napoleón, sereno y tranquilo, sentado en aquel caballo blanco que había pateado el suelo de las principales naciones del continente; ... disponiendo los movimientos de sus soldados y sin quitarse del ojo derecho el catalejo con que alternativamente miraba ya a este punto, ya al otro.»

La figura del general es sólo una sombra, una vaga silueta descrita con rasgos elementales que la difuminan y diluyen. Más tarde añadirá a este esbozo pinceladas firmes y definidoras que prestan al retrato literario toda la fuerza y el rigor de un lienzo lleno de colorido y rico en detalles identificadores; retrato psicológico, podemos decir, ya que no sólo ofrece la imagen física, sino también esa ráfaga de aire ambiente que descubre la acción del carácter:

«Vi un hombre rechoncho y de cabeza redonda, con pelo corto. Notábase el movimiento pausado de sus brazos al hablar, el de su cabeza al atender; notábase la tenacidad, la duda, el ademán de la pregunta, el de la respuesta.»

No suele Pérez Galdós acudir a la caricatura para tratar el retrato físico o la semblanza moral de los personajes históricos. Utiliza con acierto materiales de mayor dignidad y nobleza, a los que a veces añade el ingrediente de sus propios

sentimientos, sin temor a descubrir íntimas y personales simpatías o desdenes. Así, pues, al trazar el retrato de Carlos IV pone de manifiesto su compasiva opinión, coincidente con el comentario que salta de los labios de quienes contemplan los encendidos semblantes del grupo familiar que Francisco de Goya apresó en un famoso lienzo. Carlos IV es el rey apocado, sin personalidad, sin dominio de sí mismo, capaz de olvidar su responsabilidad histórica en un momento de crisis emocional:

«Era un señor de mediana estatura, grueso, de rostro pequeño y encendido, y sin rasgo alguno en el semblante que mostrase las diferencias fisonómicas establecidas por la naturaleza entre un Rey de pura sangre y un buen almacenista de ultramarinos.»

La descripción de los personajes históricos comprende en los «Episodios Nacionales» tres elementos básicos: el factor humano, la identidad espiritual y la condición política. Sirva de ejemplo el retrato que de Fernando VII traza el escritor, señalando sus frustraciones, estados pasionales y enfermedades físicas o del espíritu. Singularmente trágico es el momento en que Galdós nos muestra al monarca en la cámara mortuoria:

«Cuando se entraba en la alcoba real no se podía ver sin horror el enorme cuerpo del rey en el lecho, hinchado, inmóvil, oprimido por bizmas, ungido con emplastes... Hecho toda una miseria; conjunto lastimoso de desdichas físicas que así remedaban la moral más perversa que ha informado un alma humana.»

Difícilmente se puede expresar con mayor realismo la sensación de lo perecedero, de lo escatológico, como concepción de la grandeza convertida en fermento de miseria y podredumbre. La descripción de esta capilla ardiente podría utilizarse, sin rectificación ni enmienda, como rotulación de las sobrecogedoras pinturas que don Miguel Mañara encargó a Juan Valdés Leal y que aún conturban el ánimo de los visitantes del Hospital de la Caridad, de Sevilla. El tratamiento sin afeites ni añadidos que reserva Galdós para los personajes del relato escapa de lo meramente «reproductivo», en aras de la dignidad y el respeto que merece la verdad histórica. Y si maravilla el edificio literario levantado a golpe de pluma, imagínese lo que hubo de reunir y rebuscar el autor para apretar en su mano un siglo de historia de España. El mismo declaraba que todo lo debía a la constancia, su norma rigurosa. Fue su vida la de un eremita: austera, metódica, laboriosa. Su trabajo lo era todo y para ceñirse a él vivió ajeno a cuanto no constituía su propia creación (1).

Se está más cerca de Galdós, más próximo a su verdadera personalidad de escritor, cuanto más se le sigue al hilo de su obra histórica. Lo que Goya fijó con sus pinceles, Galdós lo inmortaliza en los «Episodios Nacionales». El cendal que hurta a la mirada los entresijos de palacio y la

(1) El año 1873, en que empezó a redactar el primer tomo de los *Episodios*, cambió radicalmente la vida de Galdós. Dejó de asistir a las tertulias y se concentró en su trabajo: «Hasta prescindí de ir al teatro —dijo en cierta ocasión— a pesar de que era una de mis grandes ilusiones.»

intimidad de la compleja vida que allí se desarrolla, desaparece en «La Corte de Carlos IV» para mostrarnos un mosaico de intrigas, disimulos, traiciones, envidias y delaciones protagonizadas por grandes de España y gentes de inferior condición. Las alegrías disimuladas y las actitudes recelosas alternan con las traiciones al Príncipe de la Paz y la inmisericorde caída de su privanza, por inspiración del partido fernandino. La alta sociedad del 1800 se manifiesta en su entera desnudez, de la misma forma que en «Napoleón en Chamartín» se nos acerca a la burguesía y al pueblo bajo en sus más amenas y chispeantes costumbres. Al evocar con mérito descriptivo la vida literaria y cultural de aquel momento, no olvida Galdós que en 1810 se ha reunido en Cádiz un breve parnasillo dispuesto a mezclar en sus versos y discursos algún que otro motivo de signo político, o de abierta censura contra una pedantería parlamentaria difícil de soportar por la fina sensibilidad de un Quintana o un Martínez de la Rosa.

Resumiendo lo expuesto hemos de insistir en un hecho evidente: Galdós vio realizado su propósito de hacer historia para el pueblo. Su visión de la España de la Independencia encuentra réplica en la obra de Francisco de Goya. Conforme con este criterio, no es aventurado afirmar que Goya pudo ser el ilustrador de los «Episodios Nacionales», de la misma forma que Galdós hubiese acertado en la glosa de una parte de la pintura del artista aragonés.

Se ha planteado más de una vez la curiosa cuestión de si los «Episodios» son nacionales o

antinacionales. Quienes apuntan la segunda hipótesis esgrimen el frágil argumento de que el autor facilita el libre análisis de los defectos y miserias físicas y morales del siglo que se propuso historiar. Para los que así opinan, transcribamos las esclarecedoras palabras del crítico alemán Hans Hinterhäuser: «Devolver al enfermo pueblo español la salud y la vida, despertando en él la pasión del patriotismo, era la tarea ideal a la que debían contribuir sus "Episodios Nacionales". Y para ello no podía haber un procedimiento mejor que el de hacer contrastar, mediante la guerra de la Independencia, la confusión de su propio tiempo con el vigoroso cuadro de una "historia de altura", poniendo, sin embargo, de manifiesto todas las adulteraciones de la patriotía y, a la vez, restableciendo, mediante una justa concepción espiritual, el sentimiento patriótico en su pureza originaria... Fecundar el innato idealismo nacional por medio de un sano sentido de la realidad, redimirle del realismo natural, no menos innato, despertando el sentido idealista: he aquí la gran tarea que para Galdós, todavía al cabo de dos siglos y medio (desde Cervantes), está por cumplir.»

Con su prosa transparente y sencilla, Galdós suscita ante los ojos del lector todo un mundo ya desaparecido, prestándole nueva existencia en el plano de la recreación inteligente. Si para los estudiosos de la historia los «Episodios Nacionales» contienen un rico tesoro de datos reales, no adulterados, también ofrecen a la curiosidad general el cuadro animado de un período de la vida española desaparecido de la perspec-

tiva actual, pero no muy lejano aún de nuestro tiempo. Sorprende la exactitud con que es referido aquello que se pretende evocar, los errores y la confusión cuando han existido, la interpretación ajustada de los acontecimientos de un pasado que aún parece vibrar y palpitar ante nosotros.

Opera Galdós sobre materia histórica, utiliza un «estilo histórico», pero en lugar de seguir el ritmo que la Gran Historia prohijaba —frialidad aprendida—, siente la ansiedad de primores más cálidos, buscados con efusión cordial y dedicación entusiasta.

IV

LOS «EPISODIOS», ¿NOVELA?

HE aquí una pregunta que no ha perdido actualidad desde que los primeros títulos de los «Episodios Nacionales» vieron la luz: Galdós hizo historia de España en esta obra monumental, ¿puede afirmarse que también hizo novela?

Don Benito es el notario escrupuloso y veraz, el cronista exacto y ponderado, el observador minucioso y honesto de los sucesos que reseña. No le satisface el exterior de las cosas; se empeña en descubrir sus entresijos, en asomarse a la intimidad de las gentes, a la realidad de los hechos. Fabuloso observador de ambientes, excluye los pórticos solemnes y las esotéricas cábalas para detectar claramente el espectáculo de la calle, donde latén los vivos anhelos y la tupida fronda de lo popular; desde las bohardillas con olor de albahaca y trinos de jilguero hasta las cavas y costanillas en su tumultuoso y alegre trajín. Pasea sin prisa por los barrios humildes

y escucha atento el lenguaje castizo y su invención fecunda de voces y modismos. Le obsesiona el léxico popular; su gracia y donaire; el desenfado de las formas verbales; la jerga y el lenguaje bullente y tabernario.

Galdós se dirige al pueblo. Para ello acude al testigo ocular, a recuerdos personales o a datos y noticias adquiridos directamente. No hace falta realizar un gran esfuerzo para descubrir el afán del escritor por acercarse al lector medio. Quizá por esta razón se le atribuye un vocabulario en cierto modo precario, vulgar y reiterativo; leve y mil veces tolerable defecto si se le compara con la enorme capacidad de observación, y las admirables páginas trenzadas del más fascinante casticismo. En don Benito alternan el vulgarismo y la sublimidad, la altura de pensamiento y la deficiencia de concepción intelectual. El descuido de la forma se equilibra con la agudeza descriptiva de tipos y caracteres (1). Toda vulgaridad desaparece cuando los problemas de la vida cotidiana son transfigurados por la magia de la evocación. De esta forma se afina, se hace Galdós cada vez más novelista de la acción densa y directa.

No basta para atribuir a los «Episodios Nacionales» una intención novelesca repetir el co-

(1) «La fuerza, la habilidad y el placer de crear espontáneamente superaban con mucho (en Galdós) al sentido crítico.» Hans Hinterhäuser: *Los Episodios Nacionales*, Ed. Gredos, Madrid. «Este predominio de lo creador sobre lo crítico es precisamente el rasgo característico de la civilización y de la literatura española.» Salvador de Madariaga: *Semblanzas literarias contemporáneas*, Barcelona, 1924, pág. 49.

nocido juicio de Menéndez Pelayo: «Si en otras obras ha podido el señor Galdós parecer novelista de escuela o de partido, en la mayor parte de los "Episodios" **quiso y logró no ser más que novelista español.**» Tampoco bastaría el simple subrayado de la frase del propio don Benito, cuando en sus «Memorias» alude al hecho de que «sin saber por qué sí ni por qué no preparaba una serie de **novelas históricas breves y amenas**». Hace falta, además, dejar constancia de que el escritor puso en esta obra fuego, brío y dominio novelesco; no es nada sencillo determinar la línea jurisdiccional entre la historia y la novela, puesto que la íntima trabazón entre ambas envuelve a veces en una misma atmósfera las resonantes páginas en que la épica traza sus líneas y el sencillo relato costumbrista, de aparente levedad.

El gran observador ante el alentar humano fue a la novela por su conexión con lo histórico. La novela, en cierta medida, es también historia de algo, paridad ya establecida desde el clasicismo greco-latino. Historia y novela tuvieron siempre fuerza propia para mover la vocación artística. «La historia —afirma «Clarín»—, según la escribieron los griegos y algunos romanos, y según la escriben los modernos historiadores artistas, es la novela más admirable.» Llega Galdós a una conclusión prevista con anterioridad a su propia época: «Los fines esenciales de la vida del hombre trascienden de la historia y de la sociedad.» La novela es para el autor de los «Episodios» algo muy próximo a la tercera dimensión de la historia, ya que mientras el individuo actúa la sociedad bulle. Centenares de se-

res humanos pueblan los «Episodios» y cada uno aporta al animado mundo un centelleo de alma, un aspecto social, una palpitación de vida. Todos juntos dan la sensación de la patria en su hora decisiva y gloriosa. Sobre la masa anónima culminan héroes de epopeya que pregonan la genealogía hispana; pero la masa misma no es una cosa amorfa y neutra sino la gran materia épica en plena actividad. De ella emergen a cada paso personalidades vivas, enteras, que encarnan el vicio, la virtud, la sublime locura, una modalidad típica de nuestro ser. Son gentes de aquella hora y gentes de siempre; son los diversos caracteres que constituyen el germen narrativo y el radiante esplendor de la acción novelesca.

Características dominantes en la vocación narrativa de Galdós son la espiritualidad y el realismo, las ideas y la acción de las criaturas, sin veladuras ni arreglos efectistas. La vida en plenitud e, incluso, los cuadros deprimentes que esa vida presenta; el posible reclamo de idealidad.

En esta primera serie de los «Episodios Nacionales», Galdós multiplica los elementos fundamentales de la novela: la trama, el clima, los personajes, el ambiente. Hay, ante todo, una trama general, la de Araceli e Inés, que se desarrolla a lo largo de los diez libros de la serie. Pero esta trama, que podemos llamar básica o principal, se entremezcla con otras tramas secundarias: la de Amaranta y Santorcaz, padres de Inés; la de Agustín Montoria y Mariquilla Candiola, en «Zaragoza»; las aventuras de Andrés Marijuán y Siseta, en «Gerona». Únicamente en «El 19 de marzo y el 2 de mayo» se suspende esta prolife-

ración narrativa para dar preferencia a las aventuras de los principales intérpretes. Las relaciones de Gabriel Araceli con Inés imprimen al relato un nuevo sello. Se inician estas relaciones con un signo de franqueza, de alegría natural y comunicativa. Pero al descubrirse el origen aristocrático de la muchacha surge entre los novios una espesa muralla erizada de escrúpulos y prejuicios. Araceli aspira ambiciosamente a los más altos destinos para conseguir su ideal. Y, al fin, su constancia, unida a los acontecimientos, permite al pícaro alcanzar la cima de su proyecto. En cuanto a sus sentimientos patrióticos, Gabriel es en extremo desconcertante. El 2 de mayo presencia sin inmutarse, desde una casa próxima, la lucha en el parque de Monteleón; pero bastan las palabras punzantes de un anciano sacerdote: «¡Si yo tuviera veinte años!», para que, en un arrebató impetuoso, tome las armas y se mezcle decididamente en el combate. En Bailén, como hemos visto, se distrae con la lectura de una carta en el momento culminante de la lucha. Sin embargo, junto a estas extrañas defeciones se alza su valerosa conducta en Zaragoza, en los Arapiles y en los ejércitos guerrilleros.

Inés queda envuelta en una evanescente tiniebla; su silueta apenas se dibuja. Habrá de conocerla a través de conversaciones o siguiendo sus silenciosos y discretos movimientos. No es la muchacha una figura de primera magnitud; sólo en contadas ocasiones emerge de la niebla para ocupar un primer plano en la acción novelesca. No obstante, su presencia se respira constantemente a través de los sucesos de esta primera

serie. Está Inés en esa línea de personaje de novela tradicional y popular que rinde homenaje a la joven resignada y atrae sobre ella la simpatía compasiva del lector. Ambos protagonistas, en medio de sus vicisitudes y peripecias, se hacen carne del lector y le convierten en receptor de sus éxitos y fracasos.

Vincula de tal forma el escritor la vida de los protagonistas históricos a la de los personajes novelescos que con frecuencia se «encuentran», charlan y se comunican noticias y confidencias. Los altos personajes históricos intervienen en la vida de las gentes humildes y éstas ocupan un lugar en el acaecer político. En este aspecto destaca el episodio en que Wellington confía una delicada misión a Gabriel Araceli. La propia Amaranta goza de la confianza de la reina María Luisa. La grande y la pequeña historia se mezclan y entrecruzan, y no deja de ser frecuente el hecho de que la suerte individual de algún personajillo coincida con un suceso histórico de relieve. No basta al autor seguir el destino de los individuos sin considerar sus relaciones con la historia y su dependencia de las circunstancias. Cada persona ha llegado a ser una parte integrante de la sociedad y del medio en que se desenvuelve su existencia.

Todo lo expuesto incide en la generalizada opinión que considera los «Episodios Nacionales» como novela histórica del siglo XIX español. Y siempre, en todo instante, la pasión nacional; el sentimiento patriótico es la fuerza irrefrenable que mueve la pluma del escritor:

«He pasado del recogimiento del taller al libre ambiente de la plaza pública, no por gusto de la ociosidad, sino por todo lo contrario. Abandono los caminos llanos y me lanzo a la cuesta penosa, movido de un sentimiento que en nuestra edad miserable y femenil es considerado como ridícula antigüalla, el patriotismo. Hemos llegado a unos tiempos en que al hablar de patriotismo parece que sacamos de los museos y de los archivos históricos un arma vieja y enmohecida. No es así: ese sentimiento soberano lo encontramos a todas horas en el corazón del pueblo, donde para bien nuestro existe y existirá siempre en toda su pujanza. Despreciemos las vanas modas que quieren mantenernos en una indolencia fatalista; restablezcamos los sublimes conceptos de la fe nacional.»

¿Cuál sería hoy la reacción de Pérez Galdós frente a una sociedad que desdeña los valores morales, desvirtúa el sentimiento patriótico y descalifica los altos ideales que deben presidir la conducta individual y colectiva?

La novela histórica, con su verismo, con sus gotas de imaginación, humaniza la historia. Los grandes hombres de todos los tiempos, los acontecimientos notables que se han producido en la antigüedad se nos presentan sin énfasis ni grandilocuencia. No son héroes mitológicos ni temas de grabado; reviven por sus propias y verosímiles conductas, por su representación intrínseca. Menéndez Pelayo se revelaba contra los concienzudos imitadores de Walter Scott, o los que, siguiendo las huellas de Dumas padre, soltaron riendas al caballo desbocado de su fantasía en libros monstruosos que sólo conservan de la His-

toria algunos nombres y fechas, o ciertos lances y aventuras que, por lo remotos, se prestan a una interpretación arbitraria o a disimulados anacronismos. Galdós, en este aspecto, supo conjugar honestamente dos elementos dispares: el dato histórico y el juego sutil de la invención novelesca, sin desvirtuar la realidad inamovible ni alterar la verdad de los sucesos. Idealiza lo concreto y materializa lo abstracto, sin esfuerzo de parto distósico. Cualquier cosa tangible se calienta e ilumina en su cerebro hasta llegar a constituir idea, de manera que puede verse, medirse y pesarse, como si tuviese forma, dimensión y sustancia.

Consiguió superar el costumbrismo regional de sus contemporáneos en un deseo de captar el alma de España; y así están inspiradas sus obras en la historia nacional y en los ambientes sociales representativos de una época. Se alza su producción literaria, y en especial los «Episodios», como un monumento erigido al espíritu patrio por un alma tolerante y amplia, capaz de un sentimiento cordial hacia todo lo humano. Paradójicamente, sin embargo, no puede silenciarse que el escritor desvela a menudo un sentido partidista que le hace caer en expresivos prejuicios y lamentables actitudes fanáticas contra sectores eclesiásticos, aunque no pocas veces surja el clérigo hondamente cristiano que, movido por su religiosidad, predica la caridad, la moral evangélica y los más puros sentimientos de humildad y amor. Sobre este aspecto del sentimiento y problema religioso, que dio origen a los juicios más apasionados, escribe Valbuena Prat:

«Si nos fijáramos sólo en la parte negativa, la insistencia en los defectos del catolicismo español, las negras tintas con que se recargan las consecuencias del fanatismo, el abismo que se abre entre los personajes de religiones distintas, los desahogos anticlericales del autor, que pueden leerse entre líneas, creeríamos estar ante un novelista exclusivamente de su época, que no supiera elevarse al terreno de la comprensión serena, de la imparcialidad intelectual. Sin embargo, no sería del todo exacta esta afirmación un tanto superficial y simplista.»

Trata Valbuena de justificar este sentimiento galdosiano, o más bien de explicarlo, atribuyéndolo a que el escritor canario, como buen representante de una época, es un romántico que sustituye la *mise en scène* de los argumentos heroicos e históricos por el marco de la vida real, con igual contenido de retórica y emoción. Al convertirse el problema religioso en motivo dramático, el autor debe tender a intensificar los choques, a enredar un nudo trágico... La explicación, no del todo convincente, deja expedito el campo de las lucubraciones.

V

LOS «EPISODIOS NACIONALES», OBRA LITERARIA

DON Benito Pérez Galdós supo elegir, con mano maestra, los elementos justos que darían a su obra cumbre el interés deseado. Centrándonos, como hasta ahora, en la primera serie de los «Episodios», ningún tema como el de la epopeya de la Independencia podía ofrecer mayor atractivo para una generación que aún palpaba los hechos heroicos de aquella gesta. Y por si esto no bastaba, añadió el ingrediente de unos personajes extraídos de la vida vulgar, cuyos problemas y preocupaciones se convierten en una trama paralela al engranaje histórico. De esta forma, además, si el episodio queda completo en uno de los libros de esta serie, la acción novelesca continúa en el siguiente, arrastrando consigo el interés y la curiosidad del lector. De un lado, la historia de España se fragmenta en capítulos; de otro, la «historia» del pequeño héroe Gabriel Araceli se

prolonga sin interrupción. ¿Qué intenta con ello el escritor? Sin duda alguna, añadir interés a la narración primordial que, sin el señuelo de una trama novelesca, quedaría reducida a un tratado más o menos plúmbeo de historia nacional.

Pero este plan exigía del autor una singular expresión literaria que eludiese los excesos verbales y la búsqueda laboriosa de una elevada erudición. Era necesario alcanzar la discreta naturalidad sin caer en la sima de un estilo vulgar y aplebeyado. Esto lo consiguió Galdós sin gran esfuerzo valiéndose, por una parte, de su propia sencillez verbal y, por otra, del lenguaje de un pueblo y de unos sectores de la sociedad cuyo léxico conocía perfectamente. Y, por encima de todo, la verdad histórica, sin manipulaciones oportunistas ni concesiones gratuitas. La historia como realidad; los personajes como actores de unos hechos verdaderamente acaecidos. De esta conjunción de logros nació la novela histórica galdosiana, género narrativo cuya eficacia y virtud poética consiste —según Menéndez Pelayo— «en mostrar la acción del destino histórico sobre el destino individual; empresa de mucha más consecuencia que las manifestaciones del puro realismo». Entendida así, la novela histórica «viene a ser una transformación moderna de la epopeya» (1).

Hemos dicho que Galdós no utilizó la caricatura al presentar sus personajes o al relatar los sucesos de la historia. No eludió, en cambio, el humor, la ironía e incluso la sátira y el sarcas-

(1) M. P.: «Antología general», por Sánchez de Muniain.

mo: sátira firme y enérgica contra los políticos ineptos y ambiciosos, que sólo buscan la fama y el brillo personal, cuando no el bienestar y la riqueza; sátira contra el gobierno débil y vacilante de los últimos Borbones; sátira contra la abusiva desigualdad social. Es, en resumen, el limpio y sincero juicio de un espíritu liberal enfrentado con los absurdos, las injusticias y los errores de una época.

El vocabulario de don Benito puede ser brillante y trivial; solemne y sencillo; audaz y comedido. Pero lo que escribió es tan personalmente suyo que no puede confundirse con el estilo de ningún otro artista de la palabra. En la historia y en la novela dejó la huella de su espíritu. Su prosa es, ante todo, un consciente ejercicio de escritura; la omnimoda presencia de la palabra en sus instancias genuinas de creación, sugestión y comunicación. No existe una búsqueda intencionada de formas de expresión, de logros estilísticos, de metáforas y símbolos. Es una realidad con horizonte, donde los personajes exhiben sus taras propias, sus virtudes y defectos. Texto magnífico y fascinante, más minucioso que moldeado; justo y ceñido en torno a lo que se transmite al lector.

Galdós es quizá el primer escritor español de su época que abandona de lleno el costumbrismo tipo Fernán Caballero, e intenta dar una versión personal y sincera de la sociedad. Su temperamento original y suficientemente fuerte para resistir los contactos con modelos extranjeros le permitió crear una obra personalísima y superior en calidad a la restante producción novelís-

tica española contemporánea. Los «Episodios» difieren de las novelas históricas de tipo romántico en la precisión y naturalidad con que son reproducidos todos los aspectos de la evolución de la sociedad española ochocentista. Alcanza el autor una robustez poco corriente entre los escritores españoles de su época y ésta es indudablemente una de sus principales características.

No puede Galdós ser clasificado netamente en ninguna de las dos tendencias antitéticas que dominaron en cierto momento: Romanticismo y Naturalismo. Puede decirse, por utilizar algún calificativo, que fue un «independiente». Su vigor creativo, el sello individual que imprime a su prosa, las reacciones psicológicas y de profunda simpatía hacia las miserias humanas conquistan irresistiblemente la atención del lector y hacen olvidar ciertas deficiencias formales.

VI

ACTITUD ANTE LA HISTORIA

QUE actitud hay que adoptar ante la historia? Es posible que Galdós se formulara muchas veces esta pregunta. Era el escritor en sus años mozos ese joven inteligente e inquieto que no se conforma con «ver lo que ve». Cada calle, cada rostro, cada monumento parecían susurrarle al oído una frase: ahí está el tiempo; hubo un pasado que configuró el conjunto de posibilidades que este presente ofrece y no es mala idea irse a hurgar en él. Y no sólo un pasado individual: la niñez, la adolescencia de ese transeúnte que ahora cruza la calle y peina canas. También un pasado colectivo, social, que ha ido trazando los perfiles del alma española, donde se moldea el alma de cada español. ¿Por qué nos hemos de preocupar sólo de los grandes hombres, de los acontecimientos que registra la crónica de los grandes rotativos y no de la vida cotidiana, de lo insignificante y menudo, muchas veces más revelador? Galdós tuvo una premonición del sen-

tido de la intra-historia que años después había de interesar a Miguel de Unamuno, su implacable crítico. Nunca perdió de vista que la historia es el gran suceso, la gran batalla, lo que todo el mundo comenta. Pero también es el pequeño acontecimiento que ni deslumbra ni arrebató; íntimo y sosegado pero con dimensión de tiempo y realidad.

No pretendió Galdós, a la manera de Walter Scott, recordar a los españoles unas tradiciones para que de nuevo se revitalizasen con ellas; no fue su propósito escribir poemas épicos suavizados por la añoranza y la delicadeza de estilo. Lejos de interesarse por el pasado remoto quería hundirse —fundirse— en el pasado inmediato. Intuía que la España de la segunda mitad del siglo XIX estaba marcada por el borrascoso comienzo de la propia centuria. La historia no era un refugio; era una experiencia de muchos años, sabia, ilustre, seria, muy concedora de lo que modifican las situaciones a los hombres.

Buscaba Galdós las raíces en el pasado para avanzar hacia un porvenir inseguro: la historia puede ser un simple entretenimiento o una disciplina escolar; pero es, sobre todo, el material que sirve para forjar proyectos, en vista de lo acontecido anteriormente. Y así Galdós, al escribir los «Episodios», no inventa ni se limita a lo que después se llamaría «relación objetiva de los hechos». No se tiene don Benito por historiador; no se considera profesor o especialista en historia. Es novelista; novelista de imaginación exacta, veraz, dramática y estremeceadora. Por esta razón sacrificaba el encanto mágico de la belle-

za literaria al curso implacable de los acontecimientos; prescindía del modelado de las frases en beneficio de la fluidez, de la exaltación paulatina del ánimo del lector. No escribía pensando en los críticos ni en los puristas ni en los analizadores de estilo. Escribía para el público, para ese lector medio que sólo pretende refrescar en su memoria las historias aún recientes de Napoleón Bonaparte, de la reina Isabel II, de Fernando VII, de Agustina de Aragón.

Vio Galdós a los protagonistas de la historia en sus grandezas y miserias, en su esplendor y su ocaso. Y, junto a esto, la mayor atracción para el novelista consistía en el placer de internarse por los barrios populares poblados de tiendas minúsculas, de talleres artesanos, de golfillos que juegan en el arroyo, donde un Gabriel Araceli es capaz de soñar, de amar, de aspirar a los más altos destinos. Como Cervantes, don Benito ensaya todos los registros y llega a una síntesis ejemplar donde todo se combina, desde la picardía hasta la humilde heroicidad, desde la delicadeza hasta la ruda imprecación. Los sucesos, por trágicos que sean, se afinan y purifican cuando se acierta en su narración, cuando se descargan de sus emociones envilecedoras —odio, resentimiento— y se produce una sincera y amable decantación.

Esto no quiere decir que Galdós pretendiese alcanzar fama de narrador indiferente; en ningún momento desaprovecha la ocasión de juzgar a los personajes históricos. Piensa que se puede ser más o menos benévolo con los que no bracean para colocarse en primera fila; con los que no

aspiran a desempeñar los primeros papeles en el drama histórico. Pero los otros, los que se apropian la autoría de los sucesos decisivos no pueden eludir un juicio crítico que en ocasiones se traduce en adjetivos apasionados. Para que los españoles comprendieran su historia, para que se acostumbraran a verla desde la perspectiva de sus actores, emprendió Benito Pérez Galdós la ingente tarea de escribir los «Episodios Nacionales».

«Yo creo que para España, como para todos los países, su primer problema es el conocimiento profundo de su manera de ser» (1). Estas palabras de Baroja parecen un eco del pensamiento de Galdós y de su actitud ante la historia de España: llegar al fondo de los problemas y desentrañar el enigma del alma española, estudiando la psicología nacional; sentir la historia como un español más y buscar pautas tendentes a la corrección de los defectos. La preocupación por España se inicia hacia el siglo XVII, adquiere consistencia en el XVIII y a finales de la siguiente centuria se convierte en una abrumadora obsesión. En esta corriente de autocrítica nacional Galdós ocupa un lugar equilibrado. Los «Episodios Nacionales» constituyen la quintaesencia del conocimiento histórico y el sentimiento de esperanza como fuente regeneradora. El cuerpo dolorido y lacerado de España y el arco que describe su historia son, en gran parte, según los «Episodios», el resultado de los grandes vicios y errores del carácter nacional.

(1) Pío Baroja: «La formación psicológica del escritor», *Obras Completas*, t. V. pág. 897.

VII

PASION NACIONAL

INMEDIATAMENTE después de terminar en Canarias sus estudios de enseñanza media, Galdós emprendió viaje a la península, dispuesto, sin gran convicción, a cursar la carrera de Leyes. Desembarca en Cádiz. A su atenta mirada se ofrecen —camino de Madrid— paisajes entrevistos por su inquieta imaginación. Ciudades y aldeas; gentes observadas en la estrecha convivencia del carruaje. La humanidad, su pródiga cantera, le ofrece generosamente un variado muestrario. Observa atentamente el alegre trajín de las Ventas, su heterogénea clientela, heredera de aquella otra cuyas costumbres deformaban a su arbitrio los escritores y artistas extranjeros, para montar sus primores estéticos sobre tema español... Bailén y las Navas de Tolosa eran el mandato estratégico de la historia castrense; La Carolina, una inspiración romántica de colonización interior vinculada al nombre de Car-

los III; Sierra Morena, razón del guerrillero y leyenda del bandido; la Mancha, un mundo de caballería andante y de antiguas y gloriosas Ordenes; Ocaña, fiel reliquia de la Independencia; Aranjuez, vivo recuerdo de historia reciente... Tales eran los vinos generosos que la ruta brindaba a Galdós en su descubrimiento de las tierras peninsulares.

Llegó a Madrid en un momento de efervescencia política. Se conspiraba en los clubs y en los cuarteles; una agitación profunda conmovía la capital del país, como pulsación de su fiebre interna. Los aires de la discordia se percibían por doquier. Un levantamiento de gran alcance alentó a los partidarios de Prim y Serrano, y la reina Isabel II tuvo que refugiarse en Francia. Las Cortes se convirtieron en un torneo de elocuencia: brillaba en el hemiciclo el verbo culto y barroco de Castelar. El 10 de noviembre de 1870 era elegido monarca el duque de Aosta y su entrada en Madrid coincide con el traslado de los restos del general Prim a la basílica de Atocha. Pronto las rivalidades entre los políticos precipitan la caída de Amadeo, y «la forma republicana», que según Castelar llegaba en alas de una conspiración de la sociedad, la naturaleza y la historia, se sintió amenazada por nuevos motines e insurrecciones. Los madrileños fueron testigos, en la noche del 3 de enero de 1871, de la disolución del Parlamento por el general Pavía.

El breve reinado de Alfonso XII, su prematura muerte, abren una nueva incógnita. El pueblo de Madrid se sume en un dramático silencio, mezcla de duelo y presagio; una sorda inquietud se

esconde tras la aparente tranquilidad de la vida ciudadana. Desaparecida la personificación de la Monarquía restaurada sólo queda en pie una realidad: la Regencia de María Cristina. El pueblo llano continúa su vida en los barrios populares. Un mundo castizo y abigarrado se extiende entre las calles de Postas y Toledo, pasando por la Plaza Mayor, plazuela de Pontejos y Concepción Jerónima; mercaderes de la calle del Sol; bulliciosas escenas de corredor, de chiquillería astrosa. Galdós observa atentamente cómo la vida se desarrolla a ritmo de mediocridad y pobreza, sin otro aliciente que la política, los estrenos de zarzuelas y las corridas de toros. Sólo en las minorías intelectuales y sensibles se despierta un espíritu de crítica. Don Benito busca los valores eternos que prevalecen bajo la extrema decadencia y crea en su espíritu y en su mente un clima cultural íntimo.

En apretado abrazo con Madrid y con la Historia de España —su gran hallazgo—, rastrea los lugares en que se desarrollaron sucesos que luego ha de narrar con imaginación vigorosa. Aspira el aire aromado de antiguos y recientes acontecimientos y, en 1873, tras varios rodeos e indecisiones, alcanza su camino cierto: elige un tema y un título como punto de partida hacia esa gigantesca aventura que son los «Episodios Nacionales».

No parece que Galdós haya utilizado libros de fácil acceso ni recurrido a documentos de archivo —a diferencia de Baroja en sus «Memorias de un hombre de acción»— cuando toma la deci-

sión, «sin saber por qué sí ni por qué no», de preparar una serie de novelas históricas, breves y amenas. Con el dolor de las luchas fratricidas, con las intrigas de la Corte, con las individualidades poderosas, don Benito nos ofrece una creación literaria más verdadera que la historia misma, porque es la creación del pueblo anónimo «en torno» a los protagonistas oficiales de la crónica dolorosa del siglo XIX. En algún aspecto llega incluso a cubrir o rellenar el hueco de un héroe o de un determinado período de la historia, ahondando en interiores, descubriendo caracteres o resaltando complejas situaciones.

Se ha llamado a los «Episodios Nacionales» epopeya novelesca del siglo XIX español. La grandeza de la síntesis, el movimiento de muchedumbres, el abarcamiento de todos los aspectos —externos y domésticos— de aquella centuria dan un valor cíclico a la obra máxima de Galdós, constitutiva de casi la mitad de toda su producción literaria. Una poderosa fuerza dramática revela cómo, junto a la habilidad narrativa, poseía el autor la potencia del arte y la capacidad de pura acción. Una emoción honda transfigura en altas cimas estéticas los acontecimientos de una época, las grandezas y miserias de la vida cotidiana. Galdós adivina, intuye más que discurre; quizá por esto confiesa, en cierto momento (1), que las obras simbólicas de Ibsen son ininteligibles; más bien creemos que resultaban aburridas y plúmbeas a su vivaz y fecunda imaginación.

Galdós fue, por encima de todo, un gran es-

(1) Prólogo de *Los Condenados*.

pañol. Un gran patriota, sin fragilidades ni alternativas desequilibradas. Sentía con fe, con ardor a la patria; y por sentir así, sus libros constituyen un rico y ejemplar exponente de pasión nacional. La primera serie de los «Episodios», henchida de arrebatadora fuerza épica, suplanta a la historia fría y protocolaria y se hace carne con la patria española. La fe y el fervor nacional son el impulso que moviliza toda esta obra. Nada escribió la mano de Galdós que el amor a la patria no le dictase. Fue tanta la sinceridad, el apasionamiento de su actitud ante la historia, que bastaría esta actitud para justificar la deuda que las más claras definiciones de la voluntad nacional con él han contraído. Pocas páginas más encendidamente luminosas que las suyas se han escrito sobre la línea unívoca de recordación de nuestro pasado. La concreción de su pensamiento excluye toda vaguedad especulativa; toda erudición inútil y recargada. Su ingente obra se alza como un monumento erigido al espíritu patrio.

La idea de nación se yergue sobre un suelo ensangrentado, donde el sentimiento de defensa de la patria ha pasado a las manos del pueblo, con todas sus consecuencias de fidelidad y acción. El pueblo, sensibilizado, descubre haberse convertido en partícipe concluyente e indiscutible de la Historia, sin merma alguna de su fisonomía peculiar y su intransferible condición. Un cuadro de época ejemplar y permanente queda en los «Episodios Nacionales». Cuadro de época que Rafael Sánchez Masas resumió garbosamente en un bello soneto:

*“Esos prados de alegres merendolas
¡Oh puros héroes de Austerlitz y Jena!
Tornáis en criminal marimorena
matadero de majos y manolas.”*

VIII

METODO Y PLAN

EN el año 1870, en un comentario al libro «Proverbios», de Ruiz de Aguilera, Galdós anota unas apreciaciones reveladoras de lo que, a su juicio, significa un plan novelesco. La novela moderna —viene a decir— es la de observación; novela de verdad, de caracteres; espejo fiel de la realidad en que se vive. Lamenta el trueque de la verdadera novela nacional, de pura observación, por esa otra convencional, sin carácter que, difundida con la rapidez de los males contagiosos, cualquiera sería capaz de cultivar: «Quiero traidores pálidos de mirada siniestra, modistas angelicales, meretrices con aureola, duquesas averiadas, jorobados románticos, adulterios, extremos de amor y odio... —pide el público— y le han dado todo esto...; la entrega que bajo el punto económico es una maravilla, es cosa terrible para el arte.»

Bastarían estas palabras reveladoras para

descubrir los gustos de Galdós respecto a la novela. Desdeña el melodrama; el argumento lacrimoso y dulzón, con aduana abierta en porterías y patios de vecindad. Siente respeto por la clase media y conoce la narrativa que mejor conviene a sus gustos e inclinaciones. Piensa, en resumen, que la novela moderna debe ser «la expresión de cuanto bueno y malo existe en el fondo de esa clase»; la incesante gestación que la elabora; el empeño por encontrar nuevos ideales y sentir interpretados y comprendidos sus problemas. Esa clase numerosa y bullidora determina todo lo que tiene algún relieve significativo; es el sujeto activo del amplio marco de aspiraciones, realidades, fracasos y contradicciones que rigen la dinámica de una sociedad; la fuerza impulsora del agitado y proceloso drama de la vida.

Sorprende observar hoy, con suficiente perspectiva, cómo esboza Galdós desde sus primeros pasos de novelista el plan de trabajo que ha de presidir su quehacer literario. La intención histórica, por decirlo de alguna manera, de los «Episodios» es un proyecto a distancia que se convierte en realidad, en admirable realidad. Y no incurrimos en exceso al afirmar que la mayor parte de las novelas del escritor canario pueden calificarse de episodios nacionales, ya que de alguna forma aflora siempre en ellas esta «intención», bien cuando presenta al hombre en un momento fugaz del acontecer histórico, bien cuando relata el proceso de unas vidas inmersas en la plenitud de la historia misma.

A Galdós le obsesiona una idea que descubre, incluso, en el título de su discurso de ingreso en

la Academia Española de la Lengua: «**La sociedad presente como materia novelable.**» El escritor está en el presente, pero su mirada se proyecta también sobre el pasado histórico. Estudia a la sociedad contemporánea sobre la falsilla de unos acontecimientos pretéritos que pueden repetirse. ¿No son «La Fontana de Oro» y «El Audaz» evocaciones de un pasado vistas con perspectiva actual? Galdós no olvida que la Historia es el gran suceso, el gran acontecimiento. No la adopta como un refugio sino como maestra sabia, experimentada y ahormadora de los hombres y las sociedades. Una memoria selectiva, conscientemente matizadora le asiste al componer una visión sosegada de ciertos acontecimientos, por muy agitadas que hubiesen sido las circunstancias en que aquéllos se desarrollaron. Acierta Carmen Bravo-Villasante cuando afirma que Galdós «se retira de las tertulias, deja de ir al café y al teatro, y durante todo este tiempo permanece entregado a su gran tarea de historiar la sociedad pasada para desentrañar la sociedad presente. No es un historiador al uso. Es el historiador novelista, ya que se atreve a asegurar que la ficción verosímil ajustada a la realidad documentada, puede ser en ciertos casos más histórica y seguramente es más patriótica que la historia misma» (1).

Pocas veces pronuncia Galdós la palabra novela sin llevar emparejado otro vocablo: historia. Para el escritor, la historia y la novela son un

(1) Carmen Bravo-Villasante: *Galdós visto por sí mismo*, Col. Novelas y Cuentos.

todo indivisible. Así, por ejemplo, al exponer su plan de trabajo —con una claridad y sencillez admirables— y declarar su predilección por la forma autobiográfica, nos descubre el inconveniente de emplear este sistema en el género novelesco con base histórica, porque «la acción y trama se construye aquí con multitud de sucesos que no debe alterar la fantasía, unidos a otros de existencia real, y porque el autor no puede, las más de las veces, escoger a su albedrío ni el lugar de la escena ni los móviles de la acción». Esta dificultad le aconseja, sobre todo en la segunda serie de los «Episodios», optar por la narración libre, pues la novela histórica «viene así con la de costumbres».

Busca Galdós la configuración, el gesto y aun —como él mismo afirma— los mohines de la fisonomía nacional. Escribe historia y lo hace con tal generosidad y diligencia que al presentar los tipos no concede mayor relieve a las acciones de los grandes personajes que a los movimientos de las gentes oscuras, si éstas han dejado un rastro perceptible que las redima del anonimato.

Galdós descorre sin rodeos el velo de su técnica: deja a un lado lo que él llama abultados libros que sólo tratan de bodas reales, alianzas, tratados y campañas militares para prestar atención a lo que constituye la existencia de los pueblos; el vivir, el sentir y hasta el respirar de las gentes. Extrae datos olvidados y recupera todo aquello que se pierde en la marejada del tiempo, sin olvidar lo que palpita y alienta en su derredor; acude a las Memorias y a las colecciones epistolares, sin desdeñar la noticia es-

condida en las galeradas de un periódico: «El "Diario de Avisos", que en estupidez iguala a la "Gaceta" y le supera en garrullería, ha sido para mí de grande utilidad por los infinitos datos de la vida ordinaria que atesora...» La trama argumental íntima avanza por las páginas galdosianas paralelamente al proceso histórico. Esto es tan evidente que las más críticas y conflictivas situaciones novelescas coinciden inevitablemente con máximas tensiones históricas. Los acontecimientos de la trama íntima suelen ser un presagio del gran suceso nacional.

Se pregunta algún comentarista: ¿Hubiera sido esencialmente distinto el resultado general de la producción galdosiana si el autor hubiese ampliado el campo de sus investigaciones históricas? La pregunta ha sido contestada negativamente por un crítico del autor tan responsable y riguroso como R. Ricard.

Para su interpretación de la historia del siglo XIX español Galdós se documenta con rigor y detenimiento, pero ni realiza esfuerzos por descifrar complicados documentos de archivo ni recurre a la utilización de otras fuentes convencionales. La agudeza de algún crítico ha creído descubrir en los «Episodios» huellas de inspiración pictórica; detalles gráficos en los que el escritor pudo intuir el mayor o menor protagonismo de ciertos personajes. La observación no deja de ser válida si se tiene en cuenta que Galdós sintió admiración por Goya —al que incluso cita en más de una ocasión— y no desconoció a los pintores que brillaron en el siglo XIX: Vicente López, Esquivel, Federico Madrazo, Lorenzo

Alenza... Es razonable pensar que don Benito descubriese en la obra de estos grandes artistas ciertos rasgos fisonómicos de algunos personajes. «Su filosofía de la Historia —escribe Hinterhäuser (2)— construida en las primeras series **sobre el papel predominante de los grandes personajes**, se desplaza... hacia el reconocimiento de la colectividad —del pueblo— como fuerza determinante de la Historia.»

Es muy posible que, al trazar el plan general de los «Episodios Nacionales», Galdós se hiciese insistentemente una pregunta: «¿En qué momento comienza la historia moderna de España?» Así como «un impulso maquinal que brota de lo más hondo de mi ser» le movió a fijar en el año 1821 cuanto acaece en «La Fontana de Oro», el arranque decisivo de su concepción de la historia moderna parece fijarlo «El Audaz», cuyo héroe, Muriel, representa la idea de la Revolución Francesa en España. Sin embargo —repetimos—, siente el singular atractivo de un suceso histórico: Trafalgar. ¿Por qué ronda este nombre su cerebro? ¿Por simple rotundidad fonética? Indudablemente, el famoso combate en que se consuma el aniquilamiento de la potencia naval española, con sus graves consecuencias, no es tema baladí para comenzar la ambiciosa tarea de desarrollar en forma de novela histórica el pasado inmediato, todavía vivo y actuante, del acontecer nacional.

En lo que se refiere al título **episodios** descubren algunos autores, no sin un punto de razón, la expresión programática del autor, de acuerdo

(2) Hinterhäuser: *Ob. cit.*

con un proyecto realista. Galdós no pretendía escribir «novelas» y mucho menos leyendas; su propósito consistía en crear un cuadro sugestivo de la realidad histórica, inspirando un idealismo que despertase el sentido nacional.

En el binomio historia-novela de los «Episodios Nacionales» Galdós concede privilegio de prioridad a la historia. En sus coloquios con el «Bachiller Corchuelo», don Benito hace una afirmación que no deja lugar a dudas: «Ahora estoy preparando el cañamazo, es decir el tinglado histórico... Una vez abocetado el fondo histórico y político de la novela, inventaré la intriga» (3). Le preocupa «el fondo histórico»; el complemento novelesco queda para el final, como un adorno ameno y atractivo del meollo de la obra.

(3) Benito Pérez Galdós: *Por esos mundos (confesiones)*, VI-1910.

IX

LA CRITICA

GALDOS fue un foco irresistible de atracción para el escepticismo irónico y sutil de la crítica. La opinión de Pío Baroja no se limita a un discreto comentario sobre la labor documental de don Benito, en un momento en que se cuestionaba su valoración como historiador. Resalta Baroja la importancia de sus propias investigaciones en archivos, y este alarde contribuye a rebajar el mérito de su colega: «Como investigador —afirma— Galdós ha hecho poco o nada; ha tomado la historia hecha en los libros.» La crítica de Unamuno raya a veces con la dureza y el desdén, el sarcasmo y la ironía: «La lectura de las obras de Galdós es monótona, como el espectáculo de un río tranquilo que sólo refleja en su corriente la silueta de los árboles de la orilla. No encierra nada; no se reveló nunca.» El agustino Conrado Muiños señala un vacío de grandes y vigorosos personajes que, a su juicio, «quedan

intactos o envueltos en vagas generalidades». Bernardo G. de Candamo no conoce obstáculos en la virulencia de su ataque: llega incluso a motejar de «anormales» algunos de los «Episodios». Luis Bonafoux acusa frívolamente a Galdós de comerciar su mercancía literaria, y Prudencio Rovira, colofón de este florilegio, utiliza un peyorativo monetario de la época para llamarle «duro falso».

Bastaría este «laudatorio» abanico para comprender que sobre la obra de Galdós fue vertido el agrio recipiente de la pasión y el sectarismo en todas sus manifestaciones. Ni a Menéndez Pelayo ni a Maura —amigos del novelista— se les dio la oportunidad de poder exteriorizar el concepto que la obra de Galdós les merecía. Ambos se ocuparon de esta obra en ocasiones solemnes y excepcionales, pero no propicias al desarrollo de un juicio crítico. «Clarín», en cambio, profundizó con acierto, y si bien reconoce que el autor de los «Episodios» «no es un sabio», no le regatea curiosidad en toda clase de conocimientos, especialmente para penetrar en la entraña de las cosas si éstas le ofrecen motivos de interés. Emilia Pardo Bazán, Bello, Tenreiro y Navarro Ledesma han aplaudido sin reserva la labor literaria de Galdós. La biografía de Berkowitz es ya clásica. Marañón le dedica bellas y entrañables páginas en su amenísimo «Elogio y nostalgia de Toledo», y Federico Carlos Sainz de Robles, Ynduráin, Ricardo Gullón, Carmen Bravo Villasante, Julián Marías, José F. Montesinos y Casalduero han estudiado con respeto y generosidad toda la producción galdosiana, en su doble ver-

tiente de historia y novela. Azorín observa que Galdós, desde el punto de vista histórico, «ha contribuido a crear una conciencia nacional».

El paso del tiempo y la evolución de los valores críticos y estéticos han determinado un hondo proceso de revisión de la obra galdosiana que aún se encuentra en curso. Este proceso se inició desde perspectivas estrictamente estéticas, al declinar ciertos tabúes y descalificaciones sólo comparables, por antítesis, con enfoques fervorosos no menos radicalizados. El hecho es que este proceso de revisión aporta ángulos y perspectivas correctos. Bien es verdad que cualquier lector se verá siempre tentado a ensayar su propia interpretación, tarea que resulta sabrosa y acuciante para quienes no se conforman con la simple lectura porque su agudeza les lleva a iluminar las claves, en una línea fecunda que todavía puede ofrecer muchos resultados.

En los últimos decenios se ha enriquecido notablemente la bibliografía galdosiana. La crítica no ha pronunciado aún su veredicto, pese a la abundancia abrumadora de investigadores y estudiosos que en Europa y América trabajan incansablemente sobre las diversas facetas del escritor español. La obra de Galdós ofrece su honesta desnudez a la mirada escrutadora del análisis crítico. Confiemos en que ningún sentimiento trasnochado empañe la limpidez de esta mirada. Para comenzar, si es que pretendemos juzgar cabalmente, hay que sacudirse de prejuicios y anteojeras y no salirse del medio y las circunstancias en que Galdós hubo de moverse.

Sin compromisos de época, tras un largo período de meditado sosiego, hoy se admite, casi sin réplica, que Galdós escribió unas páginas que nos buscan en lo íntimo y en lo perdurable. Abren nuestros ojos y, de paso, hacen vibrar el rigor de la historia, claramente narrada, puntualmente diseñada, sin pedantería profesoral ni forzada vocación de purista. La potencia de lo verdadero, el álabe de lo sensible, los meandros y las ondas del río de la historia se dan cita para brindarnos una lectura intemporal, en el camino de lo clásico. La verdad es hermosa y la claridad también. Todo esto resulta posible gracias a la naturalidad de un lenguaje, a la originalidad expresiva de un excepcional narrador. Se ha dicho con agudeza que Galdós es prolífico y nunca somnífero. Es difícil resumir con mayor sencillez una definición global de la obra del novelista canario.

Desde la burguesía a la que pertenece, Galdós «sacude» a ciertos burgueses. Desde la sobriedad de su casa madrileña habla a la España muerta de aquellos días. Desde su liberalismo abierto y tolerante se enfrenta a la intolerancia y el egoísmo. Un pueblo enardecido servirá de ejemplo a un país proyectado hacia un incierto futuro. No es Galdós el literato que se evade del mundo habitual; es el hombre que vive lo cotidiano, que escucha las voces del pueblo y las hace suyas; que siente los acontecimientos de su época y medita sobre los que ya sólo son un recuerdo... Y cuando alcanza un punto óptimo de gravidez, cuando en su interior las sensaciones se han convertido en experiencia con plenitud de significado, con re-

querimiento de expresión, entonces escribe. No antes. Una incapacidad de falsedad fue la causa y el efecto de su libertad interior y de su vida apacible y serena.

X

CONCLUSION Y RESUMEN

HEMOS llegado al final del camino que nos habíamos trazado en nuestro trabajo. El estado actual de la investigación galdosiana aporta cada día soluciones a muchos interrogantes que hasta ahora no habían obtenido respuesta. Las dimensiones del marco que hemos elegido deja fuera de nuestro estudio no pocas incógnitas que aún siguen exigiendo una explicación definitiva. El horizonte de la obra de Galdós es inmenso y, en consecuencia, dilatadas han de ser también las vías que han de seguirse para su estudio. En un intento de síntesis de lo expuesto en anteriores páginas llegamos a la siguiente conclusión:

1.º Si concebimos la historia como suceso, la unidad temática de los «Episodios Nacionales» viene a encarnarse en el activo de la Historia viva, en su doble proceso de mensaje y novela. Este planteamiento, referido a los diez libros de la primera serie, puede extenderse a toda la obra,

salvo limitados paréntesis que corresponden a la voluntad reflexiva y al albedrío del escritor.

2.º Galdós escribe historia de España con el propósito de despertar en el pueblo y contagiar a los lectores la pasión que él mismo siente. Sin embargo, para conocer y valorar el grado de fidelidad de la obra galdosiana a la historia real de España es preciso realizar un detenido análisis no solamente de lo que podemos llamar sucesos, sino también del ambiente y el retrato físico, la semblanza psicológica y los rasgos predominantes en los personajes. No suele Galdós acudir a la caricatura. Utiliza materiales de mayor dignidad y nobleza, a los que a veces añade el ingrediente de sus propios sentimientos, sin temor a descubrir íntimos y personales desdenes y simpatías.

3.º Se ha planteado más de una vez la cuestión de si los «Episodios» son nacionales o antinacionales. Quienes apoyan la segunda hipótesis esgrimen el argumento de que el autor facilita el libre análisis de los defectos y miserias físicas y morales del siglo que se propuso historiar. Galdós sólo pretendió «devolver al enfermo pueblo español la salud y la vida, despertando en él la pasión y el patriotismo». «Fecundar el innato idealismo nacional por medio de un sano sentido de la realidad...»

4.º Doble característica de la vocación narrativa de Galdós es la espiritualidad y el realismo; las ideas y la acción de las criaturas, sin veladuras ni arreglos efectistas. La vida en plenitud, e, incluso, los cuadros deprimentes que esa vida presenta. Vincula de tal forma el novelista la reali-

dad de los personajes históricos y la «presencia» de los protagonistas novelescos que con frecuencia se «encuentran» y se comunican noticias y confidencias. Los altos personajes de la historia intervienen en la vida de las gentes humildes y éstas ocupan un lugar en el acaecer político. Esta circunstancia ha influido en la generalizada opinión que considera los «Episodios Nacionales» como novela histórica del siglo XIX español.

5.º Consiguió don Benito superar el costumbrismo regional de sus contemporáneos en un deseo de captar el alma de España; sus obras están inspiradas en la historia nacional y en los ambientes sociales representativos de una época. Se alza su producción literaria, y en especial los «Episodios», como un monumento erigido al espíritu patrio, por un alma tolerante y amplia, capaz de un sentimiento cordial hacia todo lo humano; pero capaz, también, de las más sorprendentes paradojas, engendradoras de prejuicios y actitudes críticas frente a ciertos sectores de la sociedad.

6.º Alcanza Galdós la discreta naturalidad sin caer en la sima de un estilo vulgar o aplebeyado. Utiliza, por una parte, su propia sencillez verbal y, por otra, el lenguaje de un pueblo y de unos grupos sociales cuyo léxico conoce perfectamente. Asume la verdad histórica sin manipulaciones oportunistas ni concesiones gratuitas. La historia como realidad; los personajes, como actores de unos hechos. De esta conjunción de logros nació la novela histórica galdosiana.

7.º No se autoproclama historiador; no se considera profesor o especialista en historia. Es

novelista: novelista de imaginación dramática, poderosa. Sacrifica el encanto mágico de la belleza literaria al curso implacable de los acontecimientos. Prescinde del modelado de las frases en beneficio de la fluidez, de la exaltación paulatina del ánimo del lector. Escribía Galdós para el público; para ese público que sólo pretende refrescar en su memoria unos episodios históricos cuyo eco aún no se había extinguido. En apretado abrazo con Madrid y con España entera aspira el aire aromado de antiguos y recientes acontecimientos. Busca los valores eternos que permanecen bajo la extrema decadencia y crea en su espíritu y en su mente un clima cultural íntimo.

8.º Galdós desdeña el melodrama, el argumento lacrimoso, torpe y dulzón. Siente respeto por la clase media, entre cuyas virtudes figura la de protagonizar todo lo que tiene algún relieve significativo en la sociedad de su época. Piensa, en resumen, que la novela moderna debe ser la expresión de cuanto bueno y malo existe en el fondo de esa clase.

9.º Reiteramos nuestra primera pregunta: ¿Dónde empieza la novela? ¿Dónde acaba la historia? Para conseguir el justo equilibrio hace falta un soplo de luz: la llama del genio. El genio de Galdós ha sido capaz de darnos esta conjunción que es la novela histórica, convirtiéndose, a su vez, en novelista épico y escritor de raza.

10.º La crítica descubre en el título «Episodios» la expresión programática del autor, de acuerdo con un proyecto madurado en su mente y en su intención. Galdós no deseaba escribir

«novelas» y mucho menos leyendas; quería ser intérprete de la realidad histórica. Fue un cautivo de sus analizadores; centro de atracción irresistible del escepticismo irónico y sutil de la crítica contemporánea. En los últimos decenios se ha enriquecido notablemente la bibliografía galdosiana, pero la crítica no ha pronunciado aún su veredicto, pese a la abundancia abrumadora de investigadores y estudiosos que trabajan incansablemente sobre las diversas facetas del escritor español.

Como es bien sabido, diez títulos componen la primera serie de los "Episodios Nacionales": entre "Trafalgar" y "La batalla de los Arapiles" discurre un largo y cruento capítulo de Historia de España. Durante este período de tiempo se desarrolla también, a través de las páginas de esos diez libros, la vida inquieta y azarosa de Gabriel Araceli, en un constante paralelismo que apenas permite distinguir dónde acaba la realidad y dónde comienza la fantasía.

De cada título de esta serie hemos extraído los fragmentos que, a nuestro juicio, patrocinan las observaciones expuestas en páginas anteriores, al hilo de la lectura de los propios textos del novelista.

El tomo "Trafalgar" —donde se relata la famosa tragedia naval— vio la luz en los primeros meses de 1873. Este mismo año aparecieron los tres tomos siguientes: "La Corte de Carlos IV", "El 19 de marzo y el 2 de mayo" y "Bailén". En 1874 se publicaron, sin interrupción, otros cuatro tomos: "Napoleón en Chamartín", "Zaragoza", "Gerona" y "Cádiz". En el primer trimestre de 1875 termina esta serie con la

publicación de los tomos "Juan Martín el empecinado" y "La batalla de los Arapiles".

"En los diez tomos —dice don Benito— conservé como eje y alma de la acción la figura de Gabriel Araceli, que se dio a conocer como pillete de playa y terminó su existencia histórica como caballero y valiente oficial del Ejército español" (1).

El éxito alcanzado por la primera serie de los "Episodios Nacionales" y la favorable acogida que el público les dispensó fueron un gran estímulo para su autor. En el propio año 1875 inicia la segunda serie con "El equipaje del Rey José". Se extingue definitivamente la figura de Araceli y ocupa un lugar preeminente en la trama novelesca Salvador Monsalud, personaje en el que prevalece la vocación política sobre lo estrictamente heroico.

Se ofrece la antología que cierra este trabajo como indicación de un camino que lleve al lector algo más lejos: al interés por adentrarse en lo que estos fragmentos le anuncian. Inquietante invitación, en suma, a ponerse en contacto con el deslumbrante conjunto de la obra galdosiana.

(1) Benito Pérez Galdós: *Memorias*.

ANTOLOGIA

ANTOLOGIA

«TRAFALGAR» (Capítulo X)

Comienza el combate

«Eran las doce menos cuarto. El terrible instante se aproximaba. La ansiedad era general, y no digo esto juzgando por lo que pasaba en mi espíritu, pues atento a los movimientos del navío en que se decía estaba Nelson, no pude por un buen rato darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor.

De repente nuestro comandante dio una orden terrible. La repitieron los contra maestres. Los marineros corrieron hacia los cabos, chillaron los motores, trapearon las gavias.

“¡En facha, en facha! —exclamó Marcial, lanzando con energía un juramento—. ¡Ese condenado se nos quiere meter por la popa!”

Al punto comprendí que se había mandado detener la marcha del “Trinidad” para estrecharle contra el “Bucentauro”, que venía detrás, porque el “Victory” parecía venir dispuesto a cortar la línea por entre los dos navíos.

Al ver la maniobra de nuestro buque, pude observar que gran parte de la tripulación no tenía toda aquella desenvoltura propia de los marineros familiarizados, como Marcial, con la guerra y con la tempestad. Entre los soldados vi algunos que sentían el malestar del mareo y se agarraban a los obenques para no caer. Verdad es que

había gente muy decidida, especialmente en la clase de voluntarios; pero, por lo común, todos eran de leva; obedecían las órdenes como de mala gana, y estoy seguro de que no tenían ni el más leve sentimiento del patriotismo. No les hizo dignos del combate más que el combate mismo, como advertí después. A pesar del distinto temple moral de aquellos hombres, creo que en los solemnes momentos que precedieron al primer cañonazo la idea de Dios estaba en todas las cabezas.

...A pesar de mis pocos años, me hallaba en disposición de comprender la gravedad del suceso, y por primera vez, después que existía, altas concepciones, elevadas imágenes y generosos pensamientos ocuparon mi mente. La persuasión de la victoria estaba tan arraigada en mi ánimo, que me inspiraban cierta lástima los ingleses, y les admiraba al verles buscar con tanto afán una muerte segura.

Por primera vez entonces percibi con completa claridad la idea de la patria, y mi corazón respondió a ella con espontáneos sentimientos, nuevos hasta aquel momento en mi alma. Hasta entonces la patria se me representaba en las personas que gobernaban la nación, tales como el Rey y su célebre ministro, a quienes no consideraba con igual respeto. Como yo no sabía más Historia que la que aprendí en la Caleta, para mí era de ley que debía uno entusiasmarse al oír que los españoles habían matado muchos moros primero, y gran pacotilla de ingleses y franceses después. Me representaba, pues, a mi país como muy valiente; pero el valor que yo concebía era tan parecido a la barbarie como un huevo a otro huevo. Con tales pensamientos, el patriotismo no era para mí más que el orgullo de pertenecer a aquella casta de matadores de moros.

Pero en el momento que precedió al combate, comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándolo, y descubriendo infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche, y saca de la oscuridad un hermoso pai-

saje. Me representé a mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé la sociedad dividida en familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera, y comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos para defender la patria, es decir, el terreno en que ponían sus plantas, el surco regado con su sudor, la casa donde vivían sus ancianos padres, el huerto donde jugaban sus hijos, la colonia descubierta y conquistada por sus ascendientes, el puerto donde amarraban su embarcación fatigada del largo viaje, el almacén donde depositaban sus riquezas; la iglesia, sarcófago de sus mayores, habitáculo de sus santos y arca de sus creencias; la plaza, recinto de sus alegres pasatiempos; el hogar doméstico, cuyos antiguos muebles, transmitidos de generación en generación, parecen el símbolo de la perpetuidad de las naciones...

...Parecíame, por tanto, tan legítima la defensa como brutal la agresión; y como había oído decir que la justicia triunfaba siempre, no dudaba de la victoria. Mirando las banderas rojas y amarillas, los colores combinados que mejor representan al fuego, sentí que mi pecho se ensanchaba; no pude contener algunas lágrimas de entusiasmo... Un repentino estruendo me sacó de mi arroboamiento, haciéndome estremecer con violentísima sacudida. Había sonado el primer cañonazo.»

«LA CORTE DE CARLOS IV» (Capítulo VII)

Confidencias de un viejo diplomático

«En el año 1792 —prosiguió el viejo— cayó del Ministerio el conde de Floridablanca, que se había propuesto poner coto a los estragos de la Revolución francesa. ¡Ah!

El vulgo no conoció la mano oculta que había arrojado de la Secretaría de Estado a aquel varón insigne, envejecido en servicio del Rey. Pero ¿cómo podía ocultarse a los hombres perspicaces la máquina interior de aquel cambio de Ministerio? Un joven de veinticinco años, a quien los Reyes miraban con particular afecto, y que tenía frecuente entrada en Palacio, y hasta voz y voto en los Consejos, influyó en el cambio de Ministerio y en la elevación del señor conde de Aranda... Pero, ¡ay!, éste duró poco en el Poder, porque nuevas maquinaciones le derribaron, y en noviembre del mismo año España y el mundo todo vieron con sorpresa que era elevado a la primera dignidad política aquel mismo joven de veinticinco años, ya colmado de honores inmerecidos, tales como el ducado de la Alcudia y la grandeza de España de primera clase, la gran cruz de Carlos III, la cruz de Santiago, los cargos de ayudante general del Cuerpo de Guardias, mariscal de campo de los reales ejércitos, gentilhombre de cámara de Su Majestad con ejercicio, sargento mayor del Real Cuerpo de Guardias de Corps, consejero de Estado, superintendente general de correos y caminos, etc. Empuñó Godoy las riendas del Estado en tiempos muy criticos... El torpe duque de la Alcudia declaró la guerra a Francia, contra la opinión de Aranda...

El Rey continuaba acumulando en la persona de su favorito toda clase de distinciones y honores, y por fin le enlazó con una princesa de la familia real. Tanto favor dispensado a un hombre nulo, y que en los hechos más indignos buscaba ocasión de medro, produjo la animadversión y el descontento de todos los españoles. La caída de un favorito que había desconcertado el Erario público y desmoralizado la Justicia, vendiendo los destinos, era segura...

—Pero la cosa no tenía remedio —continuó el diplomático, dirigiendo sus ojos a todos los lados de la sala, como si le oyeran gran número de personas—. Jovellanos y Saavedra no podían concertarse en el Gobierno con quien ha

sido siempre la misma torpeza y la corrupción en persona. La República francesa trabajaba en contra del favorito; Jovellanos y Saavedra se empeñaron en desprenderse de tan peligroso compañero, y al fin el Rey, cediendo a tantas sugerencias y a la voz popular, dio a Godoy su retiro en marzo de 1798...

—Pero la desgracia del señor don Manuel duró poco —dijo Isidoro—, porque el Ministerio Jovellanos y Saavedra fue de poca duración, y el de Caballero y Urquijo, que le sucedió, tampoco tuvo larga vida.

—Efectivamente, a eso iba —continuó el marqués—. Los Reyes no podían pasarse sin su amigo. Ocupó éste nuevamente la Secretaría de Estado, y queriendo acreditarse de guerrero, ideó la famosa expedición contra Portugal, para obligar a este reino a romper sus relaciones con Inglaterra. Ya desde entonces nuestro ministro no pensaba más que en secundar los planes de Bonaparte del modo menos ventajoso para España. El mismo mandó aquel ejército, que se puso en pie de guerra a costa de grandes sacrificios; y cuando los pobres portugueses abandonaron a Olivenza sin que pudiera entablarse una lucha formal, el favorito celebró sus soñadas victorias con un festejo teatral, a que debió aquella guerra el nombre de Batalla de las Naranjas... El favorito mandó construir unas angarillas que adornó con flores y ramajes, y sobre esta máquina hizo poner a la reina, que fue tan chabacamente llevada en procesión ante las tropas, para recibir de manos del generalísimo un ramo de naranjas, cogido en Elvas por nuestros soldados. No añadiré una palabra más, ni recordaré los punzantes chistes que circularon en aquella ocasión de boca en boca...

Dijo, y llevándose a la nariz con diplomática gravedad el polvo del rapé, se sonó con más estruendo que el de una batería, miró a todos por encima del pañuelo, y luego pronunció vagas frases que anunciaban la agitación de su grande espíritu. Oyéndole y viéndole, parecía que sobre el mantel de la mesa iban a resolverse las más arduas

cuestiones europeas, repartiendo pueblos y arreglando naciones como en el tapete de Campo Formio, de Presburgo o de Luneville.»

«EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO»
(Capítulo XIV)

Gabriel entra al servicio de los Requejo

«Me siento fatigado; pero es preciso seguir contando. Ustedes están impacientes por saber de Inés; lo conozco, y justo es que no la olvidemos.

Llegué, pues, a Madrid muy temprano, y después de haber acomodado mi equipaje, en la casa que tenía el honor de albergarme (calle de San José, número 12, frente al Parque de Monteleón), me arreglé y salí a la calle, resuelto a visitar a Inés en casa de sus tíos. Mas por el camino ocurrióme que no debía presentarme en casa de tales señores sin informarme primero de su verdadera condición y carácter. Por fortuna, yo conocía un maestro guarnicionero instalado en la calle de la Zapatería de Viejo, muy contigua a la de la Sal, y resolví dirigirme a él para pedir informes del señor don Mauro.

Cuando entré por la calle de Postas, mi emoción era violentísima, y cuando vi la casa en que moraba Inés, me flaqueaban las piernas, porque toda la vida se me fue de improviso al corazón. La tienda de los Requejos estaba en la calle de la Sal, esquina a la de Postas, con dos puertas, una en cada calle. En la muestra, verde, se leía "Mauro Requexo", inscripción pintada con letras amarillas; y de ambos lados de la entrada, así como del andrajoso toldo, pendían piezas de tela, fajas de lana, medias de lo mismo, pañuelos de diversos tamaños y colores. Como la puerta no tenía vidrieras, dirigí con disimulo una mirada al interior, y vi varias mujeres a quienes mostraba telas un hombre amarillo y flaco, que era de seguro el mance-

bo de la lonja. En el fondo de la tienda había un San Antonio, patrón sin duda de aquel comercio, con dos velas apagadas, y a la derecha mano del mostrador una como balastrada de madera, algo semejante a una reja, detrás de la cual estaba un hombre en mangas de camisa, y que parecía hacer cuentas en un libro. Era Requejo; visto al través de los barrotes, parecía un uso en una jaula.

Aparteme de la puerta, y alzando la vista observé otra muestra colocada en la ventana del entresuelo, la cual decía: "Préstamos sobre alhajas." En la ventanilla donde campeaba tan consolador llamamiento, no había flores ni jaulas de pájaros, sino una multitud de capas, que respiraban higiénicamente el aire matutino por entre los agujeros de sus remiendos y apolladuras. Tras los vidrios pendía una mugrienta cortineja. Observé que una mano apartó la cortina; vi la mano, luego un brazo y después una cara. ¡Dios mío! Era Inés. Yo la vi, y ella me vio. Parecióme que sus ojos expresaban no sé si terror o alegría. Aquel rayo de luz duró un segundo. Cayó la cortinilla y ya no la vi más.

Esto avivó en mí el deseo de entrar. ¿Cómo podían encontrarse en aquella vivienda las comodidades, los lujos, las riquezas que ponderaban los Requejos en su visita inolvidable? Para salir de dudas, doblé la esquina, y moli a preguntas al guarnicionero.

—Ese Requejo —me dijo— es el bicho de peores trazas que ha venido al mundo. Está rico; pero ya se ve..., en casa donde no se come, ¿no ha de haber dinero? Porque has de saber que en el barrio corre la voz de que él se alimenta con las carnes de su hermana, y su hermana con las del mancebo, que por eso está como una vela. ¡Y cuidado si tienen dinero esas dos ratas!... Con la tienda y la casa de préstamos se han puesto las botas. Verdad que por las prendas de vestir no dan más que la cuarta parte de su valor, con interés de dos pesetas en duro por cada mes. Cuando toman sábanas finas y vajillas, dan una onza, con interés de cuatro duros al mes. En la tienda dan

al fiado a los vendedores que van por los pueblos; pero les cobran cuatro pesetas y media por cada duro que venden. Dicen que cuando doña Restituta entra en la iglesia, roba los cabos de vela para alumbrarse en casa; y cuando va a la plaza, que es cada tercer día, compra una cabeza de carnero y sebo del mismo animal, con lo cual pringa la olla; con esto y legumbres van viviendo. Una vez al año van a la botillería, y allí piden dos cafés. Beben un poquito, y lo demás lo echa ella disimuladamente en un cantarillo que deja escondido bajo las faldas, el cual café traen a casa, y echándole agua le alargan hasta ocho días. Lo mismo hacen con el chocolate. Don Mauro es vanidoso y gastaría algo más si su hermana no le tuviera en un puño, como quien dice. Ella tiene las llaves de todo, y no sale nunca de casa, por miedo a que les roben; y la casa es bocado apetitoso para los ladrones, porque se dice que en el sótano está la caja del dinero.

...Corrí a la imprenta del "Diario" a ver si aún se insertaba aquel anuncio, y tuve el gusto de saber que los Requejos no habían encontrado quien les sirviera. Abandoné mi profesión de cajista, y sin consultarlo con nadie, pues nadie me hubiera comprendido, presenteme en la casa de la calle de la Sal, declarándome poseedor de las cualidades consignadas en el anuncio.

...Cuando entré en la tienda, la primera persona a quien expuse mis pretensiones fue a don Mauro, el cual, dejando un rancio librote donde escribía torcidos números, se rascó los codos y me dijo:

—Veremos si sirves para el caso. De un mes acá han venido más de cincuenta; pero piden mucho dinero. Como ahora quieren todos ser señoritos...

Llamada por su hermano, presentóse doña Restituta, y entonces fue cuando me miró...

—¿Tú sabes —me preguntó la tía de Inés— lo que damos aquí al mozo? Pues damos la "mantención" y doce reales al mes. En otras partes dan mucho menos, sí, señor; pues en casa de Cobos, después de matarles de ham-

bre, danles ocho reales, y gracias. Conque, muchacho, ¿te quedas?

Yo fingí que me parecía poco; hasta intenté regatear para que no se descubriera mi propósito, y al fin dije que, hallándome sin acomodo, aceptaba lo que me ofrecían. En cuanto a los informes que me exigieron, fácil me fue conseguir la merced de una recomendación del regente del "Diario".

—Doce reales al mes y la "mantención" —repitió doña Restituta, creyendo sin duda, vista mi conformidad, que había ofrecido demasiado—; la «mantención», sí, que es lo principal.

¡Ay! El lector no conoce aún todo el sarcasmo que allí encerraba la palabra "mantención".

—Por supuesto —dijo Requejo—, que aquí se viene a trabajar. Veremos si sabes tú de todos los menesteres que se necesitan. Y aquí hay que andar derecho, sí señor, porque si no... Mírame a mí; yo era un "jambrero" lo mismo que tú, y en fin... con mi honradez y mi...

—La economía es lo principal —añadió la hermana—. Gabriel, coge la escoba y barre todo el almacén interior. Después irás a llevar estos fardos a la posada de la calle del Carnero; luego copiarás las cuentas; más tarde lavarás la loza de la cocina, antes de mondar las patatas, y así te quedará tiempo para apalear las capas, encender el fuego y soplarlo, devanar el hilo de la costura, poner los números a las papeletas, aviar la lamparilla, limpiar el polvo, dar lustre a los zapatos de mi hermano, y todo lo demás que se vaya ofreciendo.»

«BAILEN» (Capítulo XXVI)

El combate

«¿Por qué sitio pensaban atacarnos los franceses? Conociendo que el centro era inexpugnable por entonces,

siendo el principal objeto de Dupont abrirse camino hacia Bailén, y considerando peligroso intentarlo por el ala izquierda, no sólo porque allí la posición de los españoles era excelente, sino porque les ofrecía un gran peligro la cuenca del Guadiel, determinaron atacar nuestra ala derecha, esperando abrir en ella un boquete que les diera paso. Su artillería no cesaba de arrojar bala rasa, protegiendo la formación de las poderosas columnas que bien pronto debían hostilizarnos. Al punto se reforzó el ala derecha, se desplegaron en línea varios batallones, y sin esperar el ataque marcharon hacia el enemigo, amparados por dos piezas de artillería. El primer momento nos fue favorable. Pero el olivar vomitó gente y más gente sobre nuestra infantería. Por un instante confundidas ambas líneas en densa nube de polvo y humo, no se podía saber cuál llevaba ventaja. Caían los nuestros sobre los imperiales y la metralla enemiga les hacía retroceder; avanzaban ellos, y adquiríamos a nuestra vez momentánea inferioridad...

...De tal modo arreciaron la metralla y la furia enemiga, que casi toda la primera fila del valiente regimiento de Ordenes cayó, cual si una gigantesca hoz la segara. Pero sobre los cuerpos palpitantes de la primera fila pasó la segunda, continuando el fuego. Como si los tiros franceses persiguieran con inteligente saña las charreteras, el regimiento vio desaparecer a muchos de sus oficiales.

Reforzándose también los enemigos, y desplegando nueva línea con gente de reserva, avanzaron a la bayoneta, pujantes, aterradores, irresistibles. ¡Momento de incomparable horror! Figurábaseme ver a dos monstruos que se baten, mordiéndose con rabia, igualmente fuertes, y que hallan en sus heridas, en vez de cansancio y muerte, nueva cólera para seguir luchando... Todos los caballos patearon, expresando en su ignoto lenguaje que comprendían la sublimidad del momento; apretamos con fuerte puño los sables, y medimos la tierra que se extendía delante de nosotros. La caballería iba a cargar.

Vimos que a todo escape se nos acercó un general, seguido de gran número de oficiales. Era el marqués de Coupigny, alto, fuerte, rubio, colorado de suyo, y en aquella ocasión encendido, como si toda su cara despidiera fuego. Era Coupigny hombre de pocas palabras; pero suplía su escasez oratoria con la llama de su mirar, que era por sí una proclama. Nosotros pusimos atención esperando que nos dijera alguna cosa; pero el general dispuso con un gesto la dirección del movimiento, y después nos miró. No necesitamos más.

—¡Viva España! ¡Viva el Rey Fernando! ¡Mueran los franceses! —exclamamos todos, y el escuadrón se puso en movimiento.

...Penetraron impetuosamente los de la primera (fila), acuchillando sin piedad; los caballos bramaban de furor, sintiéndose heridos a fuego y a hierro. Algunos caían, dejando morir a sus jinetes, y otros se arrojaban con más fuerza, destrozando cuanto hallaban bajo sus poderosas manos. Los de la primera fila hicieron gran destrozo; pero a los de la segunda nos costó más trabajo, porque avanzando demasiado los delanteros, quedamos envueltos por la infantería, lo cual atenúa un poco nuestra superioridad. Sin embargo, destrozábamos pechos y cráneos sin piedad.

...Mi caballo flaqueó de sus cuartos traseros... El desgraciado había recibido una terrible herida en el vientre, y faltó de palabra para expresar su padecimiento, bramaba, aspirando con ansia el aire inflamado, sacudía el cuello; parecía dar a entender que hallando un charco de agua en que remojar la lengua, sus dolores serían menos vivos, y al fin se abandonó a su suerte, tendiéndose sobre el campo, indiferente al ruido del cañón y al toque de degüello.»

«NAPOLEON EN CHAMARTIN» (Capítulo XVII)

«El ogro de Córcega»

...«El coronel se rió con lástima y pena al ver la bravura del anciano. Uno de los *honrados*, a quienes Fernández llamaba *muchachos*, aseguró que no podía dar un paso porque el reuma se lo impedía; otro dijo que el ruido de los cañonazos le habían vuelto completamente sordo, y un tercero se tendió en el suelo de largo a largo, lamentándose de haber cogido una pulmonía por razón del mucho frío y desabrigo en que toda la noche estuvieran. Entre los demás *honrados* había alguna gente fuerte y valerosa; pero casi todos los del grupito que rodeaba a don Santiago componíase de unos Matusalenes tan mandados recoger, que daba compasión verles. Cuando algunas mujeres de Maravillas y del Barquillo vinieron tumultuosamente a Los Pozos y pidieron con gritos y chillidos que les dieran las armas de los ancianos, yo creo que se hizo mal en no acceder a su petición; y aunque todos ellos rechazaron indignados tan deshonrosa propuesta, sospecho que alguno pedía interiormente a la Virgen Santísima que lo graran su objeto aquellas valientes semidiosas de San Antón y de la Chispería.

La defensa de aquella posición continuó por espacio de más de una hora, sin más accidentes que los que he referido. Hacíamos fuego de cañón ineficazmente, y lo sufríamos de los franceses sin poder causarles daño. Indudablemente su intención era entretenernos, mientras se verificaba el ataque formal por Recoletos; y seguros de su triunfo, no querían sacrificar hombres inútilmente lanzándoles contra posiciones que al fin se habían de rendir. Cerca de las diez, el que nos mandaba recibió aviso de enviar a Recoletos la gente de infantería que no necesitase, y así lo hizo, tocándome a mí marchar entre los cien hombres destinados a aquella operación.

Por el camino, mientras atravesamos las calles de San Opropio y de las Flores hasta llegar a la plazuela de las Salesas, encontramos mucha gente que corría alarmadísima, dando a entender con sus gritos y agitación que la cosa iba mal. Extendiéndonos luego por la calle de los Reyes Alta, bajamos por la del Almirante a la Ronda de Recoletos, donde reinaba gran confusión. Fuerte cañoneo se oía por detrás de la Veterinaria, edificio que ustedes habrán conocido en el solar de la comenzada Biblioteca, y también por detrás de los Hornos de Villanueva y del Pósito, hacia la Puerta de Alcalá. El convento de Recoletos estaba ocupado por tropa española; pero en el momento en que nosotros llegamos casi toda la fuerza salía, por ser más necesaria fuera que dentro. En el principio del ataque, la batería puesta detrás de la Veterinaria rechazó con tanta energía el empuje de los franceses, mandados en persona por el mismo Emperador, que éste tuvo que retroceder a toda prisa.

Suprimid con la imaginación el barrio de Salamanca y todos los jardines y palacios del costado oriental de la Castellana; figuraos aquella casi desnuda planicie poblada por numerosas tropas francesas de todas armas, con dos frentes que operaban uno contra el Retiro y la Plaza de Toros, otro contra la Veterinaria y Recoletos, y tendréis completa la idea de la situación. En el centro de aquellas tropas y en lo que hoy es parte de la calle de Serrano, poco más o menos entre el jardín llamado del Pajarito y las casas de Maroto, estaba Napoleón, sereno y tranquilo, montado en aquel caballo blanco que había pateado el suelo de las principales naciones del continente; allí estaba, sí, disponiendo los movimientos de sus soldados, y sin quitarse del ojo derecho el catalejo con que alternativamente miraba, ya a este punto, ya al otro. Como es fácil comprender, yo no le vi en aquella ocasión; pero me lo figuraba y me lo figuro por lo que me contara quien lo vio muy de cerca; y por cierto que aquel testigo ocular observó detenidamente algunos pormenores muy curiosos

de su persona, que no nombra la Historia, cuales eran ciertos monosílabos o gruñidos que emitía mientras miraba por el antejo, un movimiento maquinal de apretarse el vientre con la mano izquierda, repentinos fruncimientos de cejas y algunas veces una sonrisa dirigida a su mayor general Berthier. Con su antejo, su tocesilla, sus mujidos, sus golpes en la barriga, sus polvos de tabaco y sus delgadas y finas sonrisas, el "ogro de Córcega" nos estaba partiendo de medio a medio.»

«ZARAGOZA» (Capítulos XXIX-XXX)

El segundo sitio

«¿Zaragoza se rendirá? La muerte al que esto diga.

Zaragoza no se rinde. La reducirán a polvo; de sus históricas casas no quedará ladrillo sobre ladrillo; caerán sus cien templos; su suelo abriráse vomitando llamas y, lanzados al aire los cimientos, caerán las tejas al fondo de los pozos; pero entre los escombros y entre los muertos habrá siempre una lengua viva para decir que Zaragoza no se rinde.

Llegó el momento de la suprema desesperación. Francia ya no combatía, minaba. Era preciso desbaratar el suelo nacional para conquistarlo. Medio Coso era suyo, y España, destrozada, se retiró a la acera de enfrente. Por las Tenerías, por el arrabal de la izquierda habían alcanzado algunas ventajas, y sus hornillos no descansaban un instante.

Al fin, ¡parece mentira! nos acostumbramos a las voladuras, como antes nos habíamos hecho al bombardeo. A lo mejor se oía un ruido como el de mil truenos retumbando a la vez. ¿Qué ha sido? Nada; la Universidad, la capilla de la Sangre, la casa de Aranda, tal convento o tal iglesia que ya no existe. Aquello no era vivir en nuestro pacífico y callado planeta: era tener por morada las

regiones del rayo, mundos desordenados donde todo es fragor y desquiciamiento. No había sitio alguno donde estar, porque el suelo ya no era suelo, y bajo cada planta se abría un cráter. Y, sin embargo, aquellos hombres seguían defendiéndose contra la inmensidad abrumadora de un volcán continuo y de una tempestad incesante. A falta de fortalezas habían servido los conventos; a falta de conventos, los palacios; a falta de palacios, las casas humildes. Todavía había algunas paredes.

Ya no se comía. ¿Para qué, si se esperaba la muerte de un momento a otro? Centenares, miles de hombres perecían en las voladuras, y la epidemia había tomado carácter fulminante. Tenía uno la suerte de caer ileso de entre la lluvia de balas, y luego, al volver una esquina, el horroroso frío y la fiebre, apoderándose súbitamente de la naturaleza, le conducía poco a poco a la muerte. Ya no había parientes ni amigos; menos aún: ya los hombres no se conocían unos a otros, y ennegrecidos los rostros por la tierra, por el humo, por la sangre, desencajados y cadavéricos, al juntarse después del combate, se preguntaban: "¿Quién eres tú? ¿Quién es usted?"

Ya las campanas no tocaban a alarma, porque no había campaneros; ya no se oían pregones, porque no se publicaban proclamas; ya no se decía misa, porque faltaban sacerdotes; ya no se cantaba la jota, y las voces iban expirando en las gargantas a medida que iba muriendo gente. De hora en hora el fúnebre silencio conquistaba la ciudad. Sólo hablaba el cañón y las avanzadas de las dos naciones no se entretenían diciéndose insultos. Mas que de rabia, las almas empezaban a llenarse de tristeza, y la ciudad moribunda se batía en silencio para que ni un átomo de fuerza se le perdiera en voces importunas.

...Pasó un día después de la explosión de San Francisco; día horrible que no parece haber existido en las series del tiempo, sino tan sólo en el reino engañoso de la imaginación.

...Yo estoy exánime y no puedo moverme. Esos hom-

bres que veo pasar por delante de mí no parecen hombres. Están flacos, macilentos, y sus rostros serían amarillos si no les ennegrecieran el polvo y el humo. Brillan bajo la negra ceja los ojos que ya no saben mirar sino matando. Se cubren de inmundos harapos, y un pañizuelo ciñe su cabeza como un cordel. Están tan escuálidos, que parecen los muertos del montón de la calle de la Imprenta que se han levantado para relevar a los vivos. De trecho en trecho se ven, entre columnas de humo, moribundos, en cuyo oído murmura un fraile conceptos religiosos. Ni el moribundo entiende, ni el fraile sabe lo que dice. La religión misma anda desatinada y medio loca. Generales, soldados, paisanos, frailes, mujeres, todos están confundidos. No hay clases ni sexos. Nadie manda ya, y la ciudad se defiende en la anarquía.

No sé lo que me pasa. No me digáis que siga contando, porque ya no hay nada, y lo que veo no parece cosa real, confundiéndose en mi memoria lo verdadero con lo soñado. Estoy tendido en un portal de la calle de Albardería y tiemblo de frío; mi mano izquierda está envuelta en un lienzo lleno de sangre y fango. La calentura me abrasa, y anhelo tener fuerzas para acudir al fuego. No son cadáveres todos los que hay a mi lado. Alargo la mano y toco el brazo de un amigo...

...Por el Coso desfilan los últimos combatientes; aquel uno por mil que había resistido a las balas y a la epidemia. Son padres sin hijos, hermanos sin hermanos, maridos sin mujer. El que no puede encontrar a los suyos entre los vivos tampoco es fácil que los encuentre entre los muertos, porque hay cincuenta y dos mil cadáveres, casi todos arrojados en las calles, en los portales de las casas, en los sótanos, en las trincheras. Los franceses, al entrar, se detienen llenos de espanto ante espectáculo tan terrible, y casi están a punto de retroceder. Las lágrimas corren de sus ojos, y se preguntan si son hombres o sombras las pocas criaturas con movimiento que discurren ante su vista.

El soldado voluntario, al entrar en su casa tropieza con los cuerpos de su esposa y de sus hijos. La mujer corre a la trinchera, al paredón, a la barricada y busca a su marido. Nadie sabe dónde está; los mil muertos no hablan y no pueden dar razón de si está Fulano entre ellos. Familias numerosas se encuentran reducidas a cero, y no queda en ellas uno solo que eche de menos a los demás. Esto ahorra muchas lágrimas, y la muerte ha herido de un solo golpe al padre y al huérfano, al esposo y a la viuda, a la víctima y a los ojos que habían de llorarla.

Francia ha puesto al fin el pie dentro de aquella ciudad, edificada a orillas del clásico río que da su nombre a nuestra península; pero la ha conquistado sin domarla.»

«GERONA» (Capítulo XXVI)

Muerte de Alvarez de Castro

«Cuando Marijuán calló, algunos de los presentes dieron interpretaciones diversas al encierro de don Mariano Alvarez en el castillo de Figueras; y como ya desde antes de entrar en Andalucía habíamos sabido la misteriosa muerte del insigne capitán, la figura más grande sin duda de las que ilustraron aquella guerra, cada cual explicó el suceso de distinto modo.

“—Dícese que le envenenaron —afirmó uno— en cuanto llegó al castillo.

—Yo creo que Alvarez fue ahorcado —opinó otro—, pues el rostro cárdeno e hinchado, según aseguran los que vieron el cadáver de Su Excelencia, indica que murió por estrangulación.

—Pues a mí me han dicho —añadió un tercero— que le arrojaron a la cisterna del castillo.

—Hay quien afirma que le mataron a palos.

—Pues no murió sino de hambre, y parece que desde

su llegada fue encerrado en un calabozo, donde le tuvieron tres días sin alimento alguno.

—Y cuando le vieron bien muerto, y se aseguraron que no volvería a hacer otra cosa como la de Gerona, expusieronle en unas parihuelas a la vista del pueblo de Figueras, que subió en masa a contemplar el cuerpo del grande hombre.”

Discutimos largo rato, sin poder poner en claro la clase de muerte que había arrebatado del mundo a aquel inmortal ejemplo de militares y patriotas; pero como su fin era evidente, convinimos, por último, en que el esclarecimiento del medio empleado para exterminar tan terrible enemigo del poder imperial, afectaba más al honor francés que al ejército español, huérfano de tan insigne jefe. Y si verdaderamente fue asesinado, como se ha venido creyendo desde entonces acá, la responsabilidad de los que toleraron sin castigarla tan atroz barbarie bastaría a exceptuar entonces a Francia de la aplicación de las leyes de la guerra en lo que tienen de humano. Que murió violentamente parece indudable, y mil indicios corroboran una opinión que los historiadores franceses no han podido con ingeniosos esfuerzos destruir... La soberbia infatuada y sin freno perpetra grandes crímenes ciegamente, creyendo realizar actos marcados por ilusorios destinos. Los malvados en grande escala que han tenido la suerte o la desgracia de que todo un continente se envilezca arrojándose a sus pies, llegan a creer que están por encima de las leyes morales, reguladoras, según su criterio, tan sólo de las menudencias de la vida. Por esta causa se atreven tranquilamente, y sin que su empedernido corazón palpite con zozobra, a violar las leyes morales, ateniéndose para ello a mil fútiles y movedizas reglas que ellos mismos dictaron llamándolas razones de Estado, intereses de esta o de la otra nación; y a veces, si se les deja, sobre el vano eje de su capricho o de sus pasiones hacen mover y voltear a pueblos inocentes, a millares de individuos que sólo quieren el bien...

Desarrollados en proporciones colosales los vicios y los crímenes, se desfiguran en tales términos, que no se les conoce; el historiador se emboba, engañado por la grandeza óptica de lo que en realidad es pequeño, y aplaude y admira un delito tan sólo porque es perpetrado en la extensión de todo un hemisferio. La excesiva magnitud estorba a la observación lo mismo que el achicamiento, que hace perder el objeto en las nieblas de lo invisible. Digo esto, porque, a mi juicio, Napoleón I y su imperio efímero, salvo el inmenso genio militar, se diferencia de los bandoleros y asesinos que han pululado por el mundo cuando faltaba policía, tan sólo en la magnitud. Invadir las naciones, saquearlas, apropiárselas, quebrantar los Tratados, engañar al mundo entero, a reyes y a pueblos, no tener más ley que el capricho, y sostenerse en constante rebelión contra la Humanidad entera, es elevar al máximo de desarrollo el mismo sistema de nuestros famosos caballistas...

Perdónenme mis queridos amigos esta digresión. No pensaba hacerla; pero al hablar de la muerte del incomparable don Mariano Alvarez de Castro, el hombre, entre todos los españoles de este siglo, que a más alto extremo supo llevar la aplicación del sentimiento patrio, no he podido menos de extender la vista para observar todo lo que había en derredor, encima y debajo de aquel cadáver amoratado que el pueblo de Figueras contempló en el patio del castillo una mañana del mes de enero de 1810. Aquel asesinato, si realmente lo fue, como se cree, debía traer grandes catástrofes a quien lo perpetró o consintió, y no importa que los criminales, cada vez más orgullosos, se nos presentaran con aparente impunidad, porque ya vemos que el mucho subir trae la consecuencia de caer de más alto, de lo cual suele resultar el estrellarse.»

«CADIZ» (Capítulo VIII)

Las Cortes

«Una gran novedad, una hermosa fiesta había aquel día en la Isla. Banderolas y gallardetes adornaban casas particulares y edificios públicos, y endomingada la gente, de gala los marinos y la tropa, de gala la Naturaleza a causa de la hermosura de la mañana y esplendente claridad del sol, todo respiraba alegría. Por el camino de Cádiz a la Isla no cesaba el paso de diversa gente, en coche y a pie; y en la plaza de San Juan de Dios, los caleseros gritaban llamando viajeros: "¡A las Cortes, a las Cortes!"

Parecía aquello preliminar de función de toros. Las clases todas de la sociedad concurrían a la fiesta, y los antiguos baúles de la casa del rico y del pobre habíanse quedado casi vacíos. Vestía el poderoso comerciante su mejor paño; la elegante dama, su mejor seda, y los muchachos artesanos, lo mismo que los hombres del pueblo, ataviados con sus pintorescos trajes, salpicaban de vivos colores la masa de la multitud. Movíanse en el aire los abanicos, reflejando en mil rápidos matices la luz del sol, y los millones de lentejuelas irradiaban sus esplendores sobre el negro terciopelo. En los rostros había tanta alegría, que la muchedumbre toda era una sonrisa; y no hacía falta que unos a otros se preguntasen a dónde iban, porque un zumbido perenne decía sin cesar: "¡A las Cortes, a las Cortes!"

Tronaban los cañones de los navíos fondeados en la bahía; y entre el blanco humo, las mil banderas semejabán fantásticas bandadas de pájaros de colores arremolinándose en torno a los mástiles. Los militares y marinos en tierra ostentaban plumachos en sus sombreros, cintas y veneras en sus pechos, orgullo y júbilo en los semblantes. Abrazábanse paisanos y militares, congratulándose de aquel día, que todos creían el primero de nuestro bienes-

tar. Los hombres graves, los escritores y periodistas rebotaban satisfacción, dando y admitiendo plácemes por la aparición de aquella gran aurora, de aquella luz nueva, de aquella felicidad desconocida que todos nombraban con el grito placentero de: "¡A las Cortes, a las Cortes!"

En la taberna del señor Poenco no se pensaba más que en libaciones en honor del gran suceso. Los majos, contrabandistas, matones, chulos, picadores, carniceros y chalanos habían diferido sus querellas para que la majestad de tan gran día no se turbara con ataques a la paz, a la concordia y buena armonía entre los ciudadanos. Los mendigos abandonaron sus puestos corriendo hacia la Cortadura, que se inundó de mancos, cojos y lisiados, ganosos de recoger abundante cosecha de limosnas entre la mucha gente, y enseñando sus llagas, no pedían en nombre de Dios y de la caridad, sino de aquella otra deidad nueva y santa y sublime, diciendo: "¡Por las Cortes, por las Cortes!"

...La general alegría me recordó la entrada de Fernando VII en Madrid en abril de 1808, después de los sucesos de Aranjuez.

Cuando llegué a la Isla, las calles estaban intransitables por la mucha gente. En una de ellas la multitud se agolpaba para ver una procesión. En los miradores apenas cabían los ramilletes de señoras; clamaban a voz en grito las campanas, y gritaba el pueblo, y se estrujaban hombres y mujeres contra las paredes, y los chiquillos trepaban por las rejas, y los soldados formados en dos filas pugnaban por dejar el paso franco a la comitiva. Todo el mundo quería ver, y no era posible que vieran todos.

Aquella procesión no era una procesión de santas imágenes, ni de reyes y príncipes, cosa en verdad muy vista en España para que así llamara la atención: era el sencillo desfile de un centenar de hombres vestidos de negro, jóvenes unos, otros viejos, algunos sacerdotes, seglares los más. Precediales el clero con el infante Borbón de pontifical y los individuos de la Regencia, y les seguía

gran concurso de generales, cortesanos antaño de la Corona y hoy del pueblo, altos empleados, consejeros de Castilla, próceres y gentileshombres, muchos de los cuales ignoraban qué era aquello.

La procesión venía de la Iglesia Mayor, donde se había dicho solemne misa y cantado un "Te Deum". El pueblo no cesaba de gritar "¡Viva la Nación!", como pudiera gritar "¡Viva el Rey!"

.....

.....

En los palcos inmediatos corría de boca en boca un nombre que llegó hasta el nuestro. El orador era don Diego Muñoz Torrero.

Señores oyentes o lectores, estas orejas mías oyeron el primer discurso que se pronunció en asamblea española en el siglo XIX. Aún retumba en mi entendimiento aquel preludeo, aquella voz inicial de nuestras glorias parlamentarias, emitida por un clérigo sencillo y apacible, de ánimo sereno, talento claro, continente humilde y simpático. Si al principio los murmullos de arriba y abajo no permitían oír claramente su voz, poco a poco fueron acallándose los ruidos, y siguió claro y solemne el discurso. Las palabras se destacaban sobre un silencio religioso, fijándose de tal modo en la mente que parecían esculpirse. La atención era profunda, y jamás voz alguna fue oída con más respeto.

...El discurso no fue largo, pero sí sentencioso, elocuente y erudito. En un cuarto de hora Muñoz Torrero había lanzado a la faz de la nación el programa del nuevo Gobierno, y la esencia de las nuevas ideas. Cuando la última palabra expiró en sus labios, y se sentó recibiendo las felicitaciones y los aplausos de las tribunas, el siglo decimotercero había concluido.

El reloj de la Historia señaló con campanada, no por todos oída, su última hora, y realizóse en España uno de los principales dobleces del tiempo.»

«JUAN MARTIN EL EMPECINADO» (Capítulos V y VI)

El personaje

«Yo tenía suma curiosidad por ver al famoso Empecinado, cuyo nombre, lo mismo que el de Mina, resonaba en aquellos tiempos con estruendo glorioso en toda la península, y a quien los más se representaban como un héroe de los tiempos antiguos, resucitado en los nuestros como una prueba de la protección del cielo en la cruel guerra que sosteníamos. No tardé en satisfacer mi curiosidad, porque don Juan Martín salió de su alojamiento para visitar a los heridos que habíamos traído desde Grajanejos. Cuando se presentó delante de su gente, advertí el gran entusiasmo y admiración que a ésta infundía, y puedo asegurar que el mismo Bonaparte no era objeto por parte de los veteranos de su guardia de un culto tan ferviente.

Era don Juan Martín un Hércules, de estatura poco más que mediana, organización hecha para la guerra, persona de considerable fuerza muscular, cuerpo de bronce que encerraba la energía, la actividad, la resistencia, la contumacia, el arrojó frenético del Mediodía junto con la paciencia de la raza del Norte. Su semblante moreno, amarillento, color propio de castellanos asoleados y curtidos, expresaba aquellas cualidades. Sus facciones eran más bien hermosas que feas, los ojos vivos, y el pelo, aplastado en desorden sobre la frente, se juntaba a las cejas. El bigote se unía a las cortas patillas, dejando la barba limpia de pelo, afeitó a la rusa, que ha estado muy en boga entre guerrilleros, y que más tarde usaron Zumalacárregui y otros jefes carlistas.

Envolvíase en un capote azul que apenas dejaba ver los distintivos de su jerarquía militar, y su vestir era en general desaliñado y tosco, guardando armonía con lo

brusco de sus modales. En el hablar era tardo y torpe, pero expresivo, y a cada instante demostraba no haber cursado en academias militares ni civiles. Tenía empeño en despreciar las formas cultas, suponiendo condición frívola y adamada en todos los que no eran modelos de rudeza primitiva y sí de carácter refractario a la selvática actividad de la guerra de montaña. Sus mismas virtudes y su benevolencia y generosidad eran ásperas como plantas silvestres que contienen zumos salutíferos, pero cuyas hojas están llenas de pinchos.

Poseía en alto grado el genio de la pequeña guerra, y después de Mina, que fue el Napoleón de las guerrillas, no hubo otro en España ni tan activo ni de tanta suerte. Estaba formado su espíritu con uno de los más visibles caracteres del genio castizo español, que necesita de la perpetua lucha para apacentar su indomable y díscola inquietud, y ha de vivir disputando de palabra u obra para creer que vive. Al estallar la guerra se había echado al campo con dos hombres, como don Quijote con Sancho Panza, y empezando por detener correos, acabó por destruir ejércitos. Con arte no aprendido, supo y entendió desde el primer día la geografía y la estrategia, y hacía maravillas sin saber por qué. Su espíritu, como el de Bonaparte en esfera más alta, estaba por íntima organización instruido en la guerra y no necesitaba aprender nada. Organizaba, dirigía, ponía en marcha fuerzas diferentes en combinación, y ganaba batallas sin ley ninguna de guerra; mejor dicho, observaba todas las reglas sin saberlo, o de la práctica instintiva hacía derivar la regla.

.....

.....

...Después de tenernos en pie en su presencia un cuarto de hora sin dignarse mirarnos, fija su atención en los despachos que redactaba a un escribiente, nos preguntó:

—A ver, señores oficiales, díganme con franqueza qué les gusta más: ¿servir en los ejércitos regulares o en las partidas?

—Mi General —le respondí—, nosotros servimos siempre con gusto allí donde tenemos jefes que nos den ejemplo de valor.

No nos contestó y fijando los ojos en el oficio que torpemente escribía el otro a su lado, dijo con muy mal talante:

—Esos renglones están torcidos..., ¡qué dirá el General cuando tal vea!... Pon muy claro y en letras gordas eso de *obedeciendo las órdenes de Vuecencia...*, pues. Después de los latines... (porque estos principios son latines o boberías) pon: "Participo a Vuecencia y pongo en conocimiento de Vuecencia...", pero son estos muchos *vuecencias* juntos...

El Empecinado se rascaba la frente buscando inspiración.»

«LA BATALLA DE LOS ARAPILES» (Capítulo XLIII)

Araceli hace el balance de su vida, detalla su carrera militar y se retira a la vida civil

«Los que quieran saber cómo y cuándo me casé, con otras particularidades tan preciosas como ignoradas acerca de mi casi inalterable tranquilidad durante tantos años, lean, si para ello tienen paciencia, lo que otras lenguas menos cansadas que la mía narrarán en lo sucesivo. Yo pongo aquí punto final, con no poco gusto de mis fatigados oyentes, y gran placer mío por haber llegado a la más alta ocasión de mi vida, cual fue el suceso de mis bodas, primer fundamento de los sesenta años de tranquilidad que he disfrutado, haciendo todo el bien posible, amado de los míos y bienquisto de los extraños. Dios me ha dado lo que da a todos cuando lo piden buscándolo, y lo buscan sin dejar de pedirlo. Soy hombre práctico en la vida y religioso en mi conciencia. La vida fue mi escuela, y la desgracia, mi maestra. Todo lo aprendí y todo lo tuve.

Si queréis que os diga algo más (aunque otros se encargarán de sacarme nuevamente a plaza, a pesar de mi amor a la obscuridad), sabed que una serie de circunstancias, difíciles de enumerar, por su muchedumbre y complicación, hicieron que no tomase parte en el resto de la guerra; pero lo más extraño es que desde mi alejamiento del servicio empecé a ascender de tal modo, que aquello era una bendición.

Habiendo recobrado el aprecio y la consideración de Lord Wellington, recibí de este hombre insigne pruebas de afecto cordial; y tanto me atendió y agasajó en Madrid, que he vivido siempre profundamente agradecido a sus bondades. Uno de los días más felices de mi vida fue aquel en que supimos que el duque de Ciudad-Rodrigo había ganado la batalla de Waterloo.

Obtuve poco después de los Arapiles el grado de teniente coronel. Pero mi suegra, con el talismán de su jamás interrumpida correspondencia, me hizo coronel, luego brigadier, y aún no me había repuesto del susto, cuando una mañana me encontré hecho general.

—Basta —exclamé, con indignación, después de leer mi hoja de servicios—. Si no pongo remedio, serán capaces de hacerme capitán general sin mérito alguno.

Y pedí mi retiro.

Mi suegra seguía escribiendo para aumentar por diversos modos nuestro bienestar, y con esto y un trabajo incesante, y el orden admirable que mi mujer estableció en mi casa (porque mi mujer tenía la manía del orden, como mi suegra la de las cartas), adquirí lo que llamaban los antiguos *aurea mediocritas*; viví y vivo con holgura, casi fui y soy rico, tuve y tengo un ejército brillante de descendientes, entre hijos, nietos y biznietos.

Adiós, mis queridos amigos. No me atrevo a deciros que me imitéis, pues sería inmodestia; pero si sois jóvenes; si os halláis postergados por la fortuna; si encontráis ante vuestros ojos montañas escarpadas, inaccesi-

bles alturas, y no tenéis escalas ni cuerdas, pero sí manos vigorosas; si os halláis imposibilitados para realizar en el mundo los generosos impulsos del pensamiento y las leyes del corazón, acordaos de Gabriel Araceli, que nació sin nada y lo tuvo todo.»

INDICE ONOMASTICO

A

Agustina de Aragón: 47.
Alenza, Lorenzo: 59.
Alfonso XII: 50.
Alvareda, José Luis: 7, 19.
Amadeo: 50.
Amaranta (Condesa): 14, 16, 17-18, 34, 36.
Araceli, Gabriel: 13, 14, 15, 16, 17, 18, 20, 21, 23, 34, 35, 36, 41, 47, 75, 76.
Arapiles: 18, 35.
Azorín: 65.

B

Bachiller Corchuelo: 61.
Baroja, Pío: 5, 48, 51, 63.
Bello: 64.
Berkowitz: 64.
Blanco Soler: 5.
Bonafoux, Luis: 64.
Borbones: 42.
Bravo Villasante, Carmen: 57, 64.
Byron: 12.

C

Cajal: 5.
Candamo: 64.
Candiola, Mariquilla: 17, 34.
Caridad (Hospital de la): 26.
Carlos III: 49-50.
Carlos IV: 14, 25.
Casalduero: 64.
Castaños, Francisco Javier: 16.
Castelar: 50.
Cervantes: 29, 47.
Cisniega: 13.
«Clarín»: 33, 64.
Concepción Jerónima: 51.

D

Dupont: 16.
Dumas (Padre): 37.

E

Empecinado (Juan Martín el): 18.
Emperador: 24.
Erkman-Chatrían: 18.

Escalante, Amós de: 22.
Esquivel: 59.

F

Fanjul: 5.
Fernán Caballero: 43.
Fernández Almagro, Melchor:
21.
Fernando VII: 26, 47.
Fueyo, Jesús: 5.

G

Galán: 22.
García Valdecasas: 5.
Garrigues Diaz Cañabate, An-
tonio: 5.
Godoy, Manuel: 14, 27.
González, Pepita: 13.
Goya, Francisco de: 25, 27-28,
59.
Gullón, Ricardo: 64.

H

Hans Hinterhäuser: 28, 32, 60.
Hércules: 15.
Hernández Gil: 5.

I

Ibsen: 52.
Inés: 14, 15, 16, 17, 28, 34, 35,
36.
Isabel II: 47, 50.

J

Jenaro: 20.

L

Lain Entralgo: 5.
López Ibor: 5.

M

Madariaga, Salvador de: 32.
Madrado, Federico: 59.
Mañara, Miguel de: 26.
Marañón, Gregorio: 5, 64.
Marañón y Gómez Acebo, Ma-
nuel: 6.
María Cristina: 51.
María Luisa: 36.
Marías, Julián: 64.
Marijuán: 17, 34.
Martínez Fornés: 5.
Martínez de la Rosa: 28.
Maura: 64.
Menéndez Pelayo: 7, 33, 37, 42,
64.
Monsalud, Salvador: 76.
Montesinos: 64.
Monteleón: 35.
Montoria, Agustín: 17, 34.
Muñoz, Conrado: 63.
Muriel: 60.

N

Napoleón: 17, 47.
Navarro Ledesma: 64.
Novoa Santos: 5.

P

Pardo Bazán, Emilia: 64.
Pavía: 50.
Pombo: 22.
Pontejos: 51.
Prim: 50.

Q

Quintana: 28.

R

Requejo, Mauro: 14, 15.
 Restituta: 14, 15.
 Rey José: 76.
 Ricard: 59.
 Rodríguez Batllori, Francisco:
 5, 7, 8.
 Rof Carballo: 5.
 Rovira, Prudencio: 64.
 Ruiz de Aguilera: 55.
 Rumblar (Marqués de): 18.

S

Sainz de Robles, Federico Car-
 los: 64.
 Sánchez Masas, Rafael: 53.
 Sánchez Muniain: 42.
 Santísima Trinidad: 22.
 Santorcaz, Luis: 16, 17, 18, 34.
 Serrano: 50.
 Siseta: 34.

T

Tenreiro: 64.

U

Unamuno, Miguel de: 46.

V

Valbuena Prat, Angel: 38-39.
 Valdés Leal: 26.
 Vallejo Nájera: 5.
 Vallet de Goytisolo: 5.
 Vedel: 16.
 Vicente López: 59.
 Vizcaino Casas: 5.

W

Walter Scott: 12, 37, 46.
 Wellington: 18, 36.

Y

Ynduráin, Francisco: 64.

INDICE

Prólogo	5
I. Novela histórica	11
II. La primera serie	13
III. Los «Episodios Nacionales», historia de España	21
IV. Los «Episodios», ¿novela?	31
V. Los «Episodios», obra literaria	41
VI. Actitud ante la historia	45
VII. Pasión nacional	49
VIII. Método y plan	55
IX. La crítica	63
X. Conclusión y resumen	69
Antología	77
Índice onomástico	107

pecto a su labor en torno a Galdós se lo ha dedicado el profesor Joaquín Casaldueiro, al enjuiciar su primera obra biográfica sobre el autor de los "Episodios Nacionales": "No conozco libros tan bellos como éste." Federico Carlos Sáinz de Robles afirma que la clarificada precisión y la amabilidad con que prende Batllori a sus lectores añade muchos quilates a la labor literaria de este escritor.

OBRAS DEL AUTOR

- *Galdós en su tiempo*. 1969. (Dos ediciones).
- *Efímera Voz*. 1970. (Poesía). Agotada.
- *Andar y Ver*. 1972. Viajes.
- *El escritor y su paisaje*. 1973. Tres ensayos).
- *Crónica intemporal*. 1976. (Col. de artículos). Agotada.
- *Glosario de un lector*. 1977. (Crítica literaria).
- *Láminas de luz*. 1978. (Poesía). Agotada.
- *Evocación y memoria de un paisaje*. 1978. (Viajes).
- *Crisálida*. 1979. (Meditaciones).
- *Gáldar*. (Viñetas de una época). 1980.
- *Porfiria*. 1981. (Crónica de un paciente). Agotada.
- *Evocación*. 1982. (Poesía).
- *Historia y novela en los Episodios Nacionales*.

EN COLABORACION

- *Galdós*. 1972. Con José López Rubio y Mario Parajón.
- *Puente Iluminado*. 1975. (Poesía). Con José Rodríguez Batllori.
- *Sardina, puerto del Atlántico*. 1979. (Apuntes históricos). Con Antonio Rodríguez Batllori. Agotada.

